
Selección
TERROR
CURTIS GARLAND
NANA POR UNA DIFUNTA


SELECCION
TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

340 – El templo de mármol, *Ralph Barby*.
341 – Historia de una tumba, *Clark Carrados*.
342 – La estera de vidrio, *Ralph Barby*.
343 – La marca maldita, *Clark Carrados*.
344 – La carroña está servida, *Lou Carrigan*.

CURTIS GARLAND

NANA POR UNA DIFUNTA

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 345
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 28.419 - 1979
Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: octubre, 1979

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Valles (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1979

CAPITULO PRIMERO

El invierno estaba siendo muy crudo aquel año.

Cierto que en aquellas regiones siempre lo era. Pero en esta ocasión, mostraba una particular crudeza, especialmente en las copiosas nevadas y en las intensas heladas que acostumbraban a seguirles durante las noches y madrugadas.

Olivia Caine, maestra de escuela de la pequeña localidad de Whitefield, al norte del estado, miró con desaliento los gruesos copos de nieve que caían con fuerza desde el huraño cielo pizarroso, advirtió que la ventisca era fuerte también en esos momentos y que, lo que era peor, no ofrecía traza alguna de ceder en su intensidad en las próximas horas.

La señorita Olivia Caine era buena conocedora del clima de New Hampshire. Por algo llevaba viviendo allí diez años, como maestra de escuela, conociendo invierno tras invierno entre aquellas cuatro paredes de la vieja escuela situada en las afueras del casco urbano, a cosa de media milla de la población, y a sólo un tercio de la capilla del reverendo Jonás Wayne. Sabía que tendría que arrostrar la furia de los elementos una vez más, le gustara o no la idea, porque la otra posibilidad, la de quedarse en la inhóspita y desolada escuela, le causaba verdadero horror. Era un caserón vetusto, mal templado por la vieja y destartalada estufa, con grietas por todas las ventanas y capaz de convertirse en un perfecto refrigerador al llegar la noche.

De modo que, con un suspiro de resignación, Olivia Caine tomó del colgador su abrigo de cuello de pieles, su gorro de ante y pieles, y el paraguas que, posiblemente, no le serviría de nada con aquellas ráfagas ventosas. Luego embutió sus menudos pies en las botas de goma, y se dispuso a arrostrar las inclemencias de la tarde.

Si no se apresuraba, anochecería muy pronto, y no le gustaba la idea de recorrer la distancia entre la escuela y Whitefield en plena oscuridad. No es que hubiera lobos en aquella región, pese a la vecindad de las colinas y los espesos bosques, pero era una posibilidad que le aterraba, la de aventurarse en la noche a través del blanco manto de la nieve, sola y desamparada.

Tampoco existían maleantes ni merodeadores por aquella zona, al menos que ella supiera. Y la señorita Caine, como buena solterona, sabía todo o casi todo lo referente al lugar donde vivía. Una de sus mayores aficiones era la de comadrear con sus convecinas todos los chismes que tuvieran alguna importancia. E incluso los que no la tenían.

Algunas decían que David Hill, el buhonero, era un tipo inquietante y hasta peligroso. Pero aparte su fealdad, su modo tartamudeante de hablar, su aire descuidado y su forma de mirar a las mujeres, Olivia Caine no había advertido en el pobre diablo indicio alguno de peligrosidad real. Su miedo a la noche, al páramo nevado, era de otro tipo que ni ella misma hubiese podido definir. Era un miedo psíquico, inconcreto. Miedo a algo que tal vez no existía

ni existió nunca. Miedo, quizás a su propia soledad de mujer sin familia, frustrada y demasiado madura ya, a sus cuarenta años recién cumplidos, para esperar a que un hombre se fijase en ella con idea de matrimonio.

Miró la sala vacía, el aula donde sólo una hora antes bullían las niñas de su clase, despidiéndose alborozadas de ella, por haber terminado la semana de estudios, y disponer ahora de un sábado y domingo completos para el ocio y el juego, lejos de la escuela, de la no menos odiosa maestra y de los odiosos libros, pizarra y deberes. Así eran siempre los niños. Así habían sido desde que el mundo era mundo. Pero eso irritaba profundamente a Olivia Caine, a pesar de sus largos dieciséis años de profesionalidad. Le irritaba y enfurecía, hasta el punto de que muchas veces se había preguntado a sí misma si no odiaría intensamente a sus alumnos, a los niños todos. Y ni siquiera se había atrevido a darse una respuesta.

Eran ya las cuatro y veinte minutos. Si no se apresuraba, iba a oscurecer realmente durante el camino por el sendero nevado, que obligaba a una marcha lenta. Lamentó no haberse ausentado al mismo tiempo que sus alumnas, pero debía recoger sus cuadernos y corregirlos, para entregárselos el lunes con las notas de la semana, y eso llevaba un tiempo que había pasado deprisa.

Caminó hacia la puerta, tras asegurarse de que la estufa estaba apagada y todos los interruptores de la luz cerrados. Había que tener cuidado con los incendios. Ya en una ocasión, el descuido de una maestra había convertido en pavesas otra escuela, aún más vieja, que hubo anteriormente en Whitefield. Un edificio que ella no conoció, y en cuyo lugar se alzaba ahora un negocio de compraventa de coches usados. Negocio que empezaba a resultar floreciente en los Estados Unidos, tras la superación de la depresión y sus consecuencias, a la mitad ya de los años treinta. Pero Olivia Caine nunca había querido adquirir uno de aquellos grandes *roadsters* o *limousines* de negra carrocería que el avispado comerciante vendía con tanta facilidad. Ahora lo amentaba de veras. Un coche hubiera sido un medio cómodo de cubrir la distancia a Whitefield en pocos momentos. Y a salvo de las inclemencias del tiempo.

Con un suspiro, se dijo que era inútil lamentarse de todo eso. Cerró la puerta de la escuela, la aseguró con doble vuelta de la llave, y echó a andar resueltamente, hundiendo sus pies en la crujiente alfombra blanca. Los copos golpearon, gélidos, su rostro, y el viento agitó sus ropas de abrigo.

Era trabajoso caminar así, pero no se trataba de la primera vez que Olivia Caine se veía en ese trance, y su cuerpo, aunque enjuto y aparentemente frágil, era capaz de arrostrar con vigor la circunstancia. Enérgicamente, paso a paso, fue avanzando camino de Whitefield, la escuela quedó atrás, y sus huellas en la blanca alfombra esponjosa se quedaban a su espalda, borradas rápidamente por los gruesos copos que descendían del grisáceo cielo frío.

Apenas sin darse cuenta, vislumbró entre las lomas nevadas y los abetos la silueta familiar de la capilla del reverendo Wayne. Respiró con alivio.

Siempre resultaba confortable ver un edificio en aquella soledad. Algo más allá, se alzaban los montículos nevados y boscosos que la separaban de la población. Apenas los rebasara, estaría a la vista de los edificios de Whitefield. Era lo que más deseaba en estos momentos.

Alcanzó la capilla. Tenía las puertas herméticamente cerradas, así como las ventanas. Vislumbró un rectángulo blanco colgado de la entrada. Era una cartulina escrita. Sabía lo que significaba: el reverendo estaba ausente y lo anunciaba a la visita de cualquier posible fiel. Claro que no era fácil que al oscurecer se llegase nadie hasta la capilla, a menos que se tratara de un asunto de vida o muerte. En especial, con un clima semejante.

Siguió su marcho la señorita Caine, tras detenerse un momento para apoyarse en un arbolillo desnudo para tomar aliento. La pesadez del terreno, totalmente cubierto por la nieve en más de un pie de profundidad, era capaz de fatigar a cualquiera, aunque no fuese del sexo femenino.

Olivia Caine emprendió la recta del sendero que terminaba en la curva de los promontorios nevados y cubiertos de bosques de abetos. Cuando estuviese allí, virtualmente, habrían terminado sus fatigas. El pueblo ya estaba a tiro de piedra como quien dice.

Aceleró su marcha lo más posible, porque el viento aumentaba en intensidad, la nieve era cada vez más copiosa y, lo que era peor, la oscuridad se echaba encima con una rapidez endiablada. El cielo era ya de color plomo sobre su cabeza. Y pronto sería enteramente negro.

A medida que se aproximaba a los montículos de la curva, la oscuridad crecía y crecía. Era ya casi noche cerrada cuando los alcanzó y se dispuso a rodearlos, para verse ante las luces de Whitefield que, sin duda alguna, serían un paisaje acogedor y esperanzado.

Olivia Caine jamás llegó a doblar esa curva que significaba, virtualmente, el fin de su camino. Allí encontró la muerte.

Una muerte atroz, increíble. Una muerte que ella no podía esperar en modo alguno, y que surgió de repente de los frondosos abetos situados en el montículo más próximo.

Giró la cabeza, asustada, para mirar hacia la arboleda cuando ya apenas si quedaban los últimos jirones de suda luz grisácea en el poniente, más allá del viento y la nieve. Había oído un ruido en los abetos.

Estaba justamente al pie del montículo. La nieve se apelmazaba sobre las rocas y los matorrales. Alzó los ojos, amedrentados, hacia la sombría fila de las coníferas que crecían en su cima. La distancia era corta. Estaba segura de que algo o alguien se había deslizado por la nieve, entre esos abetos, no lejos de ella.

Se estremeció al recordar que el cementerio de Whitefield estaba cerca de allí, también al otro lado de esos bosquecillos, pero algo más al este, a cosa de otra media milla de la población.

Era una tontería pensarlo, pero lo cierto es que lo hizo. ¿Por qué el cementerio? Eso no tenía sentido. Ella no era mujer supersticiosa, sino una

maestra de escuela, una persona educada, con cultura y buen juicio. Relacionar el cementerio con sus terrores solitarios era absurdo, disparatado. Y, sin embargo...

Le ocurría desde hacía algún tiempo, no mucho. Desde aquel desgraciado asunto en que...

Pero no. Era mejor no pensar ahora en ello. Notó que un escalofrío recorría su cuerpo, sin que fuese provocado por la temperatura ambiente. Hizo crujir la nieve con fuerza al forzar su marcha y lograr casi correr entre la densa y blanda alfombra. Pero no pudo evitar mirar atrás.

Y la vio.

La vio entonces. Allí, parada al pie del montículo, como si hubiera descendido del bosque sin dejar huellas en la nieve. En pie, erguida en el sendero.

Lanzó un grito ronco, horrible. Se tambaleó, a punto de caer. Con un esfuerzo desesperado, aceleró su marcha, evitando mirar atrás. Una extraña risa infantil, aguda e hiriente, sonó a sus espaldas. Una convulsión helada agitó el cuerpo aterido y tembloroso de la maestra.

—¡Oh, no. Dios mío... —sollozó—. Esto no puede ser cierto, Señor...

La risa se repitió tras ella. Era infantil, aniñada, pero había algo macabro y horrible en ella, como una burla sangrienta, como un sarcasmo demoníaco que conmovía de terror a la maestra.

Trató de correr desesperadamente. Fue un error. El terreno estaba lleno de raíces y arbustos. Tropezó. Cayó de bruces, hundiendo rostro y manos en la nieve. Se agitó, angustiada, pretendiendo levantarse.

En ese momento, la voz llegó hasta ella, ingenua y dulce, como brotando de labios infantiles:

—Señorita Caine, ¿por qué huye? Sabe que es imposible. Que no puede huir. Nadie puede hacerlo cuando ha llegado su hora. Y esta es su hora, señorita Caine. Ahora debe usted pagar,..

—¡Oh, no, no!—clamó ella, con el rostro embadurnado de nieve, como uno de aquellos grotescos personajes del cine mudo que recibían una tarta de nata en plena cara, alzándose a medias para observar con qué extraña y siniestra facilidad aquella figurita surgía ante ella, como si hubiese caminado por encima de la nieve sin dejar huellas en ella, movida por una fuerza que no fuese de este mundo. Sollozó, alzando sus manos desesperadamente—: ¡Piedad, piedad! ¡Perdón, por el amor de Dios!

—¿La tuvo usted? —Sonó la voz infantil, siempre dulce, siempre amable y risueña, como si hablase tiernamente en vez de acusar—. ¿Tuvo usted piedad entonces, señorita Caine? ¿Supo lo que era perdonar?

El horror convulsionaba la faz lívida de Olivia Caine, casi tan blanca como el elemento blando en que se hallaba inmersa. Al tratar de levantarse torpemente, lo único que logró fue caer de nuevo, exhalando un ronco grito de pavor.

La voz infantil rió. La figurita se movió hacia ella. El aire hizo revolotear

una seda vieja, de color lila... Unos bucles dorados se agitaron en la ventisca.

Luego, la figurita infantil que surgiera de la nieve y de la nada, se inclinó sobre ella, un alarido largo, terrible, estremecedor, escapó de la boca convulsa de la maestra.

Lucca... la nieve se hizo roja en torno a Olivia Caine.

Un largo chorro de sangre corrió por el blanco elemento, al dispararse la hirviente catarata de una terrorífica herida en la carótida de la mujer. Unas largas, afiladas tijeras se clavaron una y cien veces en la garganta femenina, haciendo escapar sangre a raudales, en brutal hemorragia.

El grito se ahogó en un estertor. El cuerpo cayó de bruces, con las manos engarfiadas en la nieve. Una risa infantil flotó, monstruosamente feliz, en el desolado paraje nevado.

Una sombra apacible, pequeña, se alejó por la nieve, desapareciendo entre los abetos. Lo último que se vio de esa figura, fueron unos volantes de seda color lila, una mano con unas tijeras que chorreaban sangre por sus largas y afiladas hojas puntiagudas...

La oscuridad era ya total. La noche había caído sobre Whitefield. Y sobre el cadáver de Olivia Caine, maestra de escuela.

CAPITULO II

Olivia Caine murió el viernes al anochecer, a menos de un tercio de milla de la población de Whitefield, New Hampshire.

El domingo tuvo lugar la segunda tragedia de aquel lugar habitualmente tranquilo, apacible y sin noticias sensacionalistas.

El domingo, día del Señor, era una sagrada fecha de descanso total para los muy religiosos y puritanos habitantes de New Hampshire. Por la mañana, la voz del reverendo Wayne había sonado en la capilla, ante sus fieles allí congregados, invitándoles a la oración, a la lectura de la Sagrada Biblia y al recogimiento por el trágico fin, a manos sin duda de unos merodeadores nocturnos, «de la infortunada, piadosa y honesta señorita Caine», según palabras del reverendo.

Fue todo lo que se dijo sobre su muerte, aunque el pueblo entero hirviese en comentarios dispares. Las insinuaciones sobre un hipotético violador fueron pronto diluidas por la palabra del doctor Kennedy, el médico local; la señorita Caine no había sufrido agresión sexual alguna. Su asesino ni siquiera le había tocado las ropas cuando destrozó de modo tan horrible su cuello. La teoría del sádico quedaba, así, totalmente descartada, y las sospechas generales se concentraron en la existencia de algún merodeador peligroso.

La policía local revisó la zona exhaustivamente, sin dar con el menor rastro de los presuntos responsables de aquel horrible crimen. El sheriff Robin Laskey y su ayudante Warren Scott, únicas autoridades locales, junto con el juez Jacobs, regresaron de la búsqueda, ayudados por voluntarios de la población, sin dar con el menor rastro del asesino o asesinos.

El domingo por la mañana se efectuó el funeral, antes del sermón dominical, y ese mismo día, al atardecer, iba a estremecerse nuevamente Whitefield con la noticia de un segundo y espantoso crimen.

* * *

David Hill, el buhonero, abandonó la cantina de Budd Parker, único ciudadano de Whitefield que se atrevía a quebrantar el sagrado descanso del día del Señor, manteniendo abierta la puerta posterior de su negocio para servir bebidas a los clientes más aficionados al alcohol. Después de todo, incluso en los tiempos aún recientes de la Ley Seca —la Prohibición sólo se había derogado dos años antes, en 1933, y no en todos los Estados de la Unión—, Parker había logrado servir a escondidas bebidas alcohólicas a ciertos clientes de confianza.

David Hill era un hombre que contaba con escasas amistades en la población, a causa de su aspecto hosco e ingrato, su carácter agrio, su falta de asco, su total inhibición de las obligaciones religiosas de los ciudadanos de Whitefield, y sobre todo por el modo que tenía de mirar a las mujeres e

incluso a las chiquillas de doce a catorce años. Para la puritana población, el buhonero no era sólo un indeseable que vendía chucherías y se embriagaba con frecuencia, sino también un libidinoso que parecía desnudar con sus ojos a las adultas y seguía con obscena expresión a las niñas. Pero al parecer era inofensivo, porque no habían logrado, pese a numerosos escritos y firmas recogidas entre la comunidad, que la Ley encontrase un motivo serio y legal para expulsarle del lugar. A lo máximo que alcanzó el sheriff Laskey fue a encerrarle durante dos días por embriaguez y escándalo, pero a partir de entonces, si el buhonero seguía embriagándose, lo cierto es que evitaba ser visto en público en tal estado y tampoco molestaba a nadie.

Ese domingo, como tantos otros, David Hill apuró su último vaso de whisky barato, recogió su tienda ambulante, que colgó de sus hombros, y salió a la inclemente tarde, para encaminarse a su vivienda, situada en las afueras del pueblo, entre los abetos del cercano bosque.

Fue la última vez, que le vieron vivo.

Cuando apareció de nuevo, estaba muerto. Bañado en sangre, sobre la nieve, al pie de los abetos, con los ojos desorbitados y la garganta destrozada a golpes de arma blanca. En su mano diestra, entre sus dedos nervudos y velludos, apretujaba extrañamente una figurilla de su tienda ambulante.

Era la figurilla de una pequeña muñeca representando a una niña vestida con un traje de seda color lila. Casi la había estrujado entre los dedos, tal era la fuerza con que la aferró al morir. Otros muchos muñecos y muñecas que vendía, aparecían dispersas, caídas de fa caja de su mercancía. Sólo aquella muñequita, no mayor que una cucharilla de café, había permanecido misteriosamente en su mano mientras era salvajemente acuchillado hasta morir...

Comprobaron que la ruta seguida por el buhonero en el bosque no ora la suya habitual y que, por algún motivo, se había desviado del caminó hacia su miserable y aislada vivienda del bosque. Eso, en un perfecto conocedor de la región como era él, resultaba harto extraño. Algo, sin duda, le incitó a variar su ruta, desviándose hacia el este.

Y en ese desvío encontró la muerte.

Allá, al fondo, más al este, los abetos señalaban el final del bosque por ese lado. Y a alguna distancia, en el llano, las cercas rodeando un prado verdeante, cubierto casi totalmente por la nieve en invierno, marcaban la presencia del camposanto local...

* * *

— Dos muertes en poco tiempo, sheriff. Las dos diametralmente opuestas: la primera víctima, una dama respetable, puritana, devota religiosa y maestra de escuela. La segunda, un borrachín vendedor ambulante, soez y despreciado, que jamás pisó la capilla y a quien todos deseaban ver lejos de este lugar.

—Sí, Scott. Y los dos muertos sin motivo aparente. La señorita Caine llevaba consigo su anillo de oro y su bolso con algún dinero y un crucifijo de plata, con cadena del mismo metal. No tocaron nada de eso. El buhonero llevaba sólo su mercancía y cosa de siete dólares en el bolsillo. Dice el cantinero Parker que era justamente el dinero que le vio guardar después de pagar su última consumición. De modo que no fue el robo el móvil de esos crímenes.

—Un endiablado asunto, ¿no, sheriff? —resopló su ayudante, Warren Scott.

—Exacto. Endiablado es la palabra. No había huellas en torno a las víctimas. Claro que, de haberlas habido, la nevada y el viento las hubiesen borrado en pocos minutos. Y ni rastro tampoco del arma homicida.

—El doctor Kennedy sostiene que fueron unas tijeras. Ha sacado fotografías y algunas muestras de los cadáveres para enviarlo todo a Concord, la capital del estado, para que el Centro de Medicina Legal lo examine y confirme o niegue su suposición respecto a la clase de arma empleada.

—Tal vez el viejo doctor tenga razón. Pero ¿por qué los mataron? ¿Es que tenemos algún loco en la comunidad, Warren, y no nos hemos enterado hasta ahora?

—Todo es posible —el joven auxiliar se encogió de hombros, pensativo, volviendo a mecanografiar con rapidez los informes relativos a ambos asesinatos—. Empiezo a pensar que éste es demasiado asunto para nosotros.

—Quizás. Pero es nuestro y tenemos que arreglárnoslas para resolverlo —gruñó de mal humor el sheriff Laskey—. Lo malo es que ni siquiera sé por dónde empezar.

—Qué casualidad. Lo mismo me ocurre a mí —comentó, irónico. Scott.

—El entierro es esta tarde —dijo el sheriff, tras un silencio meditativo—. Iré a él, por si veo algo de interés.

—Poca gente irá a despedir de este mundo a ese pobre diablo.

—Por eso. Tal vez alguien esté donde no debiera, y eso pueda servirnos de indicio.

—Dudo mucho que su asesino vaya al funeral. Si estuvo en el de la señorita Caine, no hubiera sido posible saberlo. Estuvo casi todo el pueblo.

—Ahora será diferente. O no habrá casi nadie... o tal vez se aproxime algún curioso.

—Le deseo suerte, señor.

—Falta va a hacerme —rezongó Laskey, tomando su sombrero para salir a la calle con un seco portazo. En la oficina, su ayudante siguió tecleando sin cesar.

Momentos después, volvía a abrirse la puerta. Scott giró la cabeza sin dejar de escribir. El recién llegado le hizo un gesto cordial.

—Hola —saludó—. ¿Alguna novedad para el Weekly?

—Poca cosa —se encogió de hombros el ayudante del sheriff, dejando de escribir y volviéndose hacia su interlocutor—. ¿Prepara un reportaje especial,

Manning?

—El caso lo merece —asintió él joven alto, atlético, vestido con chaqueta de cuero y pantalones de pana con botas, frotándose las manos ateridas—. Rara vez un sitio pequeño como Whitefield habrá tenido un caso tan extraño y dramático como éste.

—Eso es bien cierto —respiró hondo Scott— Y tuvo que ocurrimos a nosotros...

—Preparamos una edición extra para mañana, con todos los informes oficiales sobre la muerte de la señorita Caine y del buhonero Hill, así como entrevistas con personas que trataron a ambos y todo cuanto sea de interés al respecto. Tengo entendido que el doctor Kennedy va a solicitar ayuda a la capital del estado...

—Sí. Enviamos a Concord lo relativo a las heridas sufridas por ambas víctimas. Puede usted decir que se cree fueron producidas por unas tijeras bastante largas y muy afiladas, como las que se usan en costura, por ejemplo. Pero sólo es una opinión. Falta el informe definitivo de Concord, y ése no lo tendremos hasta dentro de unos días. Creo que es todo lo que puedo facilitarle por el momento, Manning.

—No es mucho, pero valdrá. Gracias. Scott.

—Oh, no me las dé, Manning —sonrió el joven ayudante—. Me gusta su tarea en el Weekly. Hace un año, cuando usted llegó, ese periodicucho semanal agonizaba sin vender un solo ejemplar en la comunidad. Ahora, incluso han pedido ejemplares desde Lancaster, Bethelton y Berlín, entre las ciudades de este condado. Y la gente de Whitefield lo adquiere sin reservas. Todo eso es obra suya y de sus ideas, Manning. Tal como lo llevaban sus propietarios, los Mason, iban a la ruina. El viejo y su hija deben de estarle muy agradecidos por ello.

—Bueno, el viejo Mason siempre disimula bien sus sentimientos —rió de buena gana el joven reportero, con un destello irónico en sus grises ojos. Al agitar la cabeza, su cabello castaño y rebelde se agitó impetuoso —Pero Karin es diferente. Ella parece estar muy contenta con la tarea que ambos hemos emprendido juntos.

—Sí, Karin Mason es una gran chica. Lo malo es que vive atada a las ideas vetustas de su padre. Pero aun con eso y todo, puede que usted salve al Weekly... y a la propia Karin.

—De momento, sólo me ocupo del periódico. Karin es sólo una compañera de trabajo.

—Pero muy bonita, ¿no? —sonrió Warren Scott, guiñándole un ojo.

—Sí, mucho —Mike Manning meneó la cabeza—. Ahora dejemos eso, Scott. ¿Se sabe la hora y fecha del funeral?

—Nos la han comunicado ahora desde la oficina del juez Jacobs. Será hoy mismo, por la tarde. A las cuatro en punto.

—Tal vez vaya. ¿Y su jefe, Scott?

—El sheriff Laskey tenía cosas que hacer. Y también asistirá al funeral.

Mantiene la peregrina idea de que tal vez el asesino asista a ese entierro...

—¿Y por qué no? —se mostró Manning súbitamente sorprendido—. Es una idea aceptable. Del mismo modo que se dice que el criminal siempre vuelve al escenario de su crimen, ¿por qué no imaginar que asiste también al funeral por sus víctimas? Si estuvo en la inhumación de la señorita Caine hubiera sido imposible saberlo, porque estuvo más de medio pueblo presente. Pero en la de David Hill... es posible que se le viera demasiado.

—Razón de más para suponer que no acudirá, si es la mitad de listo que suponemos.

—Bueno, en la duda, creo que asistiré al funeral... aún a riesgo de que el sheriff Caskey me apunte en su lista de sospechosos —rió Manning.

—¿Sabe una cosa? Usted es el vecino más reciente que tenemos en Whitefield —siguió Scott la broma con Resto risueño—. Sólo un año entre nosotros. Si se sospecha de la presencia de un maníaco asesino en la comunidad, usted podría ser el sospechoso ideal, Manning.

—Creo entender la deducción. Suponen que sería alguien ajeno a esta comunidad, recién llegado o con poco tiempo entre ustedes... —Manning asintió, pensativo—. Tampoco es una mala idea, aunque yo resulte perjudicado con ella. Su jefe tiene talento. Scott.

—¿Usted cree?—dudó divertido el ayudante de Laskey.

—Empiezo a pensar que es usted un cínico, Scott —Manning caminó hacia la puerta—. De todos modos, gracias por los informes. Si quiere salir en la edición del Weekly, vaya por la redacción. Karin es nuestro reportero gráfico oficial, y ella le hará una fotografía para ilustrar el reportaje de primera plana.

—Me lo pensaré —rió Scott—. Pero temo no ser fotogénico...

Riendo, Mike Manning abandonó la oficina del sheriff. No nevaba en estos momentos, poro el cielo seguía mostrándose huraño y sombrío, y la temperatura era muy baja en estos momentos, pese a ser mediodía.

Mike Manning pensaba cerrar su edición ahora, pero lo pensó mejor y optó por volver a la redacción del semanario, para aplazar la hora de cierre para después del funeral.

* * *

Ciertamente, no había demasiadas personas presentes en la inhumación.

Mike Manning, con su cabello y sus ropas agitadas por el viento helado, permanecía en pie a alguna distancia del punto donde estaba siendo sepultado David Hill, el buhonero asesinado. Contemplaba, pensativo, a los presentes, escasos y silenciosos.

Aparte del reverendo Wayne, indispensable en la ceremonia, y del funcionario del cementerio que iba a inhumar el féretro, pocos más acudían a dar su último adiós al infortunado vendedor ambulante.

Estaba el cantinero Parker, tal vez la última persona que vio con vida al

buhonero, a excepción del propio asesino. Y el doctor Kennedy, el juez Earl Jacobs, el sheriff Laskey, un par de borrachines, habituales de la cantina de Parker, mal vestidos y peor aseados, con sus narices rojas por el alcohol, y él mismo. Nadie más.

Ni los dos bebedores ni el cantinero le parecieron particularmente sospechosos. Tenía referencias de que Parker había permanecido en su cantina, ante testigos, mientras el buhonero debía ser atacado y muerto en el bosque de abetos. Y salvo un asunto personal entre ambos hombres, no era fácil ver móvil alguno en que Parker atacara a su cliente. Los otros dos tipos, en todo caso, lo hubieran podido hacer para robarle, pero ya estaba demostrado que no era ése el caso.

El joven Manning daba vueltas entre sus manos al sombrero, mientras escuchaba las palabras del reverendo, dichas deprisa y sin demasiada convicción ante la fosa abierta para David Hill. Cuando éste fue depositado en su caja de pino barata, allá al fondo de la misma, empezó a caer tierra cubriendo el hueco, y los asistentes se apresuraron a dispersarse, quizás para no tener que soportar el frío ambiente por causa del difunto.

Manning giró para marcharse, cubriéndose con su sombrero, bastante contrariado con el negativo resultado de su visita al cementerio durante el oficio fúnebre. Indudablemente, también el sheriff Laskey debía sentirse defraudado. Le vio emprender la marcha en otra dirección, hacia su desvencijado coche ranger, aparcado en un lateral del recinto funerario.

Manning echó a andar hacia la salida principal del cementerio de Whitefield.

Y entonces la vio.

Estaba en pie junto a un puñado de abetos jóvenes que crecían al lado del prado llano donde se enterraba a los difuntos de la población. Parecía abstraída, rezando. Ella ni siquiera le vio llegar.

Era una mujer joven, robusta y de recias manos. De raza negra. Tenía el cabello muy rizoso, los labios abultados y los ojos grandes y saltones. Lucía un sencillo vestido de lana gris oscura, botas de cuero negras y un chaquetón por encima, también de paño negro grueso, para protegerse del frío.

Caminó Manning silenciosamente hacia ella. Lo hacía transversalmente, pudiendo ver a la mujer de perfil, mientras ella movía sus labios, fija la mirada en la tumba, pareciendo rezar.

Cuando estuvo más cerca, sin que ella advirtiera aún su presencia, comprobó que no estaba rezando.

Cantaba.

Cantaba entre dientes algo monótono pero con una cierta melodía. Un canturreo que brotaba de su boca como una letanía. Tenía algo de adormecedor, de apacible. Captó algunas estrofas, en el inglés meloso y algo confuso de la negra:

«...tus sueños rosados, niña, son sueños del corazón.

Duerme, duerme, mi pequeña, duerme. Violet, en dulce paz...»

Entonces ella le descubrió.

Dejó de cantar, apretando con fuerza sus gruesos labios y mirándole con ira, casi con odio. Los oscuros, redondos ojos de la negra se dilataron aún más, fijos en Mike Manning. Dio media vuelta, dispuesta a alejarse de allí con rapidez.

—Espere —pidió el joven con tono enérgico—. Espere, por favor.

Ella paró en seco. Giró la cabeza, lo justo para mirarle por encima del hombro.

—¿Qué quiere, señor? —preguntó con voz pastosa.

—Saber lo que cantaba.

—Nada. Una tontería. ¿Qué puede importarle?

—¿Por qué cantaba ahora y en este sitio?

—Siempre se canta en los funerales, señor —dijo ella altiva, fríamente.

—¿Conocía al muerto?

—Aquí nos conocemos todos, señor.

—No, no todos. Yo no la conozco a usted.

—Yo a usted, si. Es el periodista. El que mete las nances en todo. Un forastero curioso. ¿Puedo irme ya?

—Antes, dígame una cosa. ¿Qué cantaba, exactamente?

—Una nana.

—Una, ¿qué?

—Una nana.

—Eso se canta a los niños.

—Sí.

—David Hill no era ningún niño.

—Yo no se la cantaba a David Hill, señor.

—¿A quién, entonces? Usted cantaba en este funeral. Y es el funeral de David Hill.

—También se canta al Señor —dijo ella, encogiéndose de hombros—. Y el Señor fue niño una vez, ¿ya lo ha olvidado?

Con esa ambigua respuesta, dio media vuelta definitivamente y se marchó por el sendero nevado. No lo hizo en dirección a la población, sino alejándose tanto del cementerio como de Whitefield o de la capilla del padre Wayne. Emprendía la ruta sudoeste.

Manning la vio partir en esa dirección, pensativo. Planeó seguirla, pero desechó en seguida esa idea por inútil. En aquella blanca soledad, una persona que sigue a otra resultaría tan visible como un elefante pintado de rosa en medio de la calle mayor de Whitefield.

También él dio media vuelta, regresando al centro urbano. Su expresión era meditativa, incluso preocupada.

Y así seguía cuando entró en el edificio del Weekly Star de Whitefield, el

semanario que había cogido virtualmente hundido, y que ahora se vendía incluso en las poblaciones vecinas. Compartir sus estudios de la historia de Nueva Inglaterra y de la colonización de la costa Este de los Estados Unidos, con la tarea de redactar aquel periódico local, ocupaba todo el tiempo de Mike Manning desde que llegó a la pequeña ciudad del interior de New Hampshire.

Pero no le quedaba mucho tiempo de estancia allí. Pensaba volver al siguiente año a Nueva York, para graduarse en Historia de los Estados Unidos y ocupar esa cátedra en el National Institute. Al menos, esos eran sus proyectos, y no parecía haber nada que pudiera alterarlos.

Karin Mason alzó su rostro de las galeradas que iba componiendo en compañía de su padre, al tiempo que los grabados de las fotografías esperaban a ser impresos en la primera plana del semanario, única página que iba ilustrada con fotografías, ya que el resto del periódico lo más que lucía eran dibujos suyos o de Karin, si algún colaborador espontáneo no les facilitaba algo especial.

—¿Ya de vuelta? —preguntó la joven.

—Si —Mike tiró su sombrero que, con milimétrica precisión, se colgó de un brazo del perchero—. ¿Todo a punto?

—Queda una columna libre, por si quieres añadir algo de última hora, en la página final —dijo Abbe Mason, el padre de Karin, dejando de montar las páginas del semanario.

—Bueno, haré una reseña del funeral. Es todo lo que hay. O casi todo.

—¿Casi todo? —Karin cambió una mirada con su padre, antes de volver a mirar a Mike Manning—. Cuando tú dices eso, es que realmente hay algo más...

—Lo hay, pero no tiene sentido.’

La muchacha de los cabellos castaños y los ojos pardos le miró pensativa, dejando de componer los bloques de plomo. Incluso Abbe Mason se peinó mecánicamente sus blancos y lisos cabellos, irguiendo su delgada figura para contemplar más atentamente al joven redactor.

—Aun así, me gustaría saber lo que es —confesó la muchacha.

—Nada noticiable, que yo sepa. No podemos publicar ahí que, durante el funeral, una mujer negra cantaba una nana.

—¿Una qué?

—Has oído bien, Karin. Una nana. Una de esas cancioncillas para dormir a un bebé. No es lo que acostumbra a cantarse en un funeral.

—¿Ella era negra? —indagó Abbe Mason, frunciendo el ceño.

—Si —Mike le miró—. He oído a otras negras cantar en funerales. Suelen hacerlo con sus spirituals o sus blues, pero nada más.

—¿Estás seguro de que no era una de esas cosas?

—Seguro, señor Mason. Ella cantaba una nana. Y dijo que era una nana.

—¿Cómo era ella?

—Alta, fuerte, todavía joven, quizás unos treinta años, o poco más. Pelo rizoso, grandes ojos saltones...

—Debe ser Bessie Horne.

—¿Quien?

—Bessie Horne, la nurse de los Sheldon. Lleva años con la familia. La descripción concuerda. Y no hay muchos negros en esta comunidad.

—Ella se alejó del cementerio, al acabar la inhumación, hacia el sudoeste, alejándose de Whitefield.

—Entonces no hay duda —suspiró Abbe Mason—. Era Bessie Horne. En esa dirección está la finca de los Sheldon. Una granja amplia y bien cuidada.

—¿Y quiénes son, exactamente, los Sheldon? Mo creo conocerlos.

—Es posible que no los conozcas —sonrió Karin—. Salen poco de su granja. Sólo vienen a Whitefield cuando necesitan provisiones o material para el trabajo, una vez al mes o menos. Son una familia muy introvertida, poco comunicativa. Viven aislados del resto de la comunidad, y eso parece gustarles.

—¿No van a los oficios religiosos del domingo?

—No. Ahora, no. Iban antes, hasta hace poco más de un año —explicó el padre de Karin como si evocase algo—. De pronto, dejaron de hacerlo. Creo que fue después de suceder aquello.

—De suceder, ¿qué?

—La muerte de su hija pequeña. Nunca más han vuelto a la capilla. Creo que el reverendo Wayne les visitó en ocasiones para persuadirles de que volvieran. La última vez que lo hizo, salió por pies. Gary Sheldon, el único hombre actualmente en la granja, le disparó con una escopeta, aunque no creo que quisiera atinarle. Sólo ahuyentarle, y lo logró. Que yo sepa, el reverendo nunca ha vuelto por allí —y el viejo Mason soltó una risita divertida al comentario.

—¿Quién es Gary Sheldon? ¿El cabeza de familia?

—Ahora, sí. Se convirtió en ello al morir de cáncer su tío Frank, el marido de la señora Sheldon, ahora viuda. La madre de las niñas.

—¿Tiene más de una?

—Antes, sí. Tenía dos. Violet y Hattie. Sólo le queda Hattie.

—Violet... —meditó en voz alta Mike, frotándose el mentón.

—Sí, eso dije —Abbe Mason le miró, arrugando el ceño—. ¿Te recuerda algo?

—Ella la nombró. En la nana.

—¿La negra nombró a Violet? —insistió Karin ahora.

—Sí. Dijo algo... algo así como «duerme, Violet, en dulce paz...» Era una de las estrofas de la nana. No oí mucho más. Ella dejó de cantar al verme.

—Bessie Horne quería mucho a Violet. Era su preferida —musitó Karin, evocadora—. Cuando ella murió, el doctor Kennedy tuvo que asistir más a la nurse que a la madre. Nos dijo que parecía al borde de la locura, mientras que la madre lo soportó bien, en medio de todo.

Mike Manning se había sentado frente a su pesada Underwood para escribir la columna final, que cerrase la edición del Weekly especial.

Preguntó, mirando las teclas como si éstas le fascinaran:

—¿Cómo murió Violet Sheldon?

La respuesta tardó en llegar. No se la dio Karin, porque ésta miró a su padre en silencio, él se quitó el delantal manchado de tinta de imprenta, y comentó con lentitud, mientras iba a un mueble y tomaba de él una botella de whisky y un par de vasos:

—Un desgraciado accidente. La encontraron muerta en la escuela de la señorita Olivia Caine. Ella se había ido, así como todas sus alumnas, dejando sola a Violet, castigada hasta la noche. Cuando Olivia Caine regresó, la halló muerta, con unas grandes tijeras clavadas en su garganta... Eran las tijeras de costura que la maestra guardaba en una cesta de su propiedad. Se habló de que pudo ser suicidio, aterrorizada y desesperada al ha* liarse sola en la clase mientras hacía viento y nevaba afuera. Otros dicen que alguien pudo asustarla, ella tomó las tijeras y cayó sobre ellas. Lo cierto es que nunca se supo por qué murió...

—Hay otra versión menos extendida, Mike, que nunca se pudo demostrar —terció ahora Karin sombríamente—. Algunas personas llegaron a sugerir que la niña había sido asesinada...

CAPITULO III

—¿Asesinada? No. no es fácil, Mike.

Manning se limitó a contemplar al sheriff Laskey, mientras éste hojeaba, satisfecho, la todavía húmeda edición del Weekly Star, sin importarle que sus dedos se mancharan de tinta.

—No se pudo demostrar que entrase nadie en la escuela, tras irse la señorita Caine con las llaves. La niña quedó encerrada en el aula. No era la primera vez que sucedía, porque Violet Sheldon era muy traviesa y poco estudiosa, y eso le costaba algunos castigos frecuentes.

—¿Qué edad tenía la niña?

—Once años al morir. Era angelical. Pero traviesa como la que más. Bien, Manning, como le decía, la niña se quedó sola, encerrada en la clase. Le había ocurrido otras veces, y nada había sucedido. Esa tarde, Olivia Caine dejó su cesta de costura bajo el pupitre del estrado desde donde daba clase y la niña debió encontrarlo, husmeando en busca de algo para distraer el encierro. Se supone que tomó las tijeras y, al bajar del estrado, cayó de bruces, clavándoselas en el cuello mortalmente. Sólo así se explica lógicamente lo sucedido.

—¿Tampoco cabe la posibilidad de un suicidio?

—No lo creo. Hubo quien dedujo que pudo asomar alguien en el exterior, a través de los ventanales de la clase, amedrentando a la niña que, presa de pánico, se clavó las tijeras en la garganta. Pero eso resulta muy gratuito de afirmar. Lo cierto es que, alrededor de la escuela, no se encontró la menor huella de la presencia de un merodeador, por inofensivo que fuese.

—¿Nevaba mucho aquel día?

—Sí, bastante —confesó Laskey de mala gana.

—¿Hacía viento?

—Sí, diablos —refunfuñó el sheriff—. ¿Qué pretende sugerir? ¿Que la chiquilla murió al asustarla alguien y las huellas de quien la asustó se borlaron? Pudo ocurrir así, pero nada lo prueba. El juez coincidió con el doctor y conmigo en que era un accidente, y todo terminó ahí. ¿Por qué remover algo que ocurrió hace ya más de un año?

—Porque una negra que fue su nurse cantaba nanas en el cementerio al enterrar a David Hill.

—¿Qué demonios tiene que ver una cosa con otra?

—David Hill fue muerto posiblemente por unas largas tijeras de costura. Igual que Olivia Caine, la maestra que dejó encerrada a su alumna, Violet Sheldon.

—¿Adónde quiere ir a parar?

—A la posibilidad de que David Hill merodease aquel día en torno a la escuela. Su aspecto era lo bastante desagradable como para asustar a una criatura. Y además, de todos es sabido que miraba con preferencia a las

niñas... Imagínelo al otro lado del vidrio de una ventana, amenazando romperlo, para entrar a por Violet. El terror de la niña pudo llevarla a cualquier extremo.

—Si ocurrió así, ya todo está muerto y enterrado. La niña... y también David Hill.

—Y Olivia Caine, no lo olvide, sheriff. —Manning paseó por la estancia, pensativo—. ¿No ve algo raro en todo esto?

—Veo muchas cosas raras, Manning, pero ninguna que tenga verdadero sentido, una solidez que merezca prestarle atención concreta. Su imaginación de periodista le hace ver cosas que no son.

—Quizás. Pero sigue pareciéndome singular que las dos personas que pudieron considerarse responsables del trágico fin de Violet Sheldon, hayan muerto de modo parecido a como ella murió...

—¿Está sugiriendo... una venganza de los Sheldon?

—O de alguien que quiere mucho a los Sheldon. Y en especial, a Violet.

—¿La nurse? Bessie Horne es inofensiva, Manning.

—¿Por qué estaba cantando una nana ante la tumba de David Hill en su funeral?

—¿Y yo qué diablos sé? No se puede acusar a nadie de un delito por el hecho de cantar una nana.

—Ya lo sé. Ni yo acuso todavía a Bessie Horne de nada. Sencillamente, digo que hay algo muy raro en todo esto. Y que quisiera averiguar más cosas respecto a Violet Sheldon y su muerte.

—¿Cómo espera averiguarlo? Tiene todos los datos en mi archivo —se irritó Caskey—. Y no encontrará una sola letra más de cuanto yo le dije.

—No estaba pensando en su archivo, sheriff. No me gustan los archivos. Son algo frío y deshumanizado, un simple montón de datos.

—Entonces, ¿dónde pretende averiguar algo?

—En el único lugar donde realmente puede intentarse: en casa de los Sheldon.

—¡Los Sheldon! —se pasmó el representante de la Ley, boqueando—. ¡Le echarán de casa a tiros de escopeta si se le ocurre ir allí, Manning!

—Bien —sonrió Mike—. Correremos ese riesgo...

* * *

—¿Quién es usted? —preguntó la seca voz, tras los dos cañones de la escopeta.

—Mike Manning. Estudio historia en New Hampshire. Y redacto el semanario local.

—No nos interesa aquí la historia. Ni los periódicos. Lárguese —invitó con cajas destempladas el joven del arma, mirando huraño al visitante.

—Escuche, quisiera hablar con ustedes. Con todos ustedes. Con la señora Sheldon, con usted, con Hattie... Con todos.

—Le dije que se largara, señor —amenazó el joven con energía, agitando el arma—. No se lo repetiré de nuevo. Las visitas no son bienvenidas a esta casa.

—Muy bien —Mike se encogió de hombros—. Quería hablar con ustedes de Violet Sheldon. Lamento haberme equivocado. Buenas tardes.

Dio media vuelta, disponiéndose a regresar a Whitefield con el rabo entre las piernas. En ese momento, una áspera voz de mujer terció en la disputa:

—¡Espere! No se marche aún.

El joven protestó vivamente:

—Pero, tía, ese hombre es un periodista, un entrometido...

—Déjalo, Venga acá, joven. Puede cruzar la cerca.

Mike se aproximó, pisando lentamente la nieve, dura y crujiente ahora. Cruzó la puerta de la cerca de madera y alambradas que rodeaba la granja de los Sheldon en el llano. La escopeta de Gary Sheldon parecía seguir sus pasos, presta a vomitar perdigones.

Una mujer alta, enjuta, de cabellos salpicados de canas abundantes, ojos grises y cansados, ropas oscuras y manos largas y huesudas, había aparecido en el porche del edificio situado al fondo, junto a un cobertizo anexo, por cuyos portones abiertos se vislumbraba heno, herramientas de labranza y un viejo tractor necesitado de reparación.

—¿Cuál es su nombre? —preguntó la mujer, mirando fijamente al visitante.

—Mike. Mike Manning, señora.

—Bien, Manning. ¿Qué vino a buscar aquí?

—Sólo conversación. Algunos datos.

—¿Para qué? ¿Para su periódico, tal vez? ¿Para remover viejas cenizas?

—No, señora. Me interesa el asunto, eso es todo. Pienso que no se investigó adecuadamente la muerte de su hija. Eso es todo.

—Pero usted no es un policía. Sólo es un periodista aficionado, ¿no?

—Exacto, señora. ¿Por qué sabe que sólo soy un aficionado?

—En estos sitios pequeños, todo se sabe. He leído alguna vez el Weekly. Vi su firma. Me ha parecido un chico honesto. Nunca escribió basura ni se metió con nadie. Entre. Hablaré con usted.

—Pero, tía... —protestó de nuevo el joven, con tono iracundo.

—Cállate, Gary. Tú eres ahora el hombre de la casa. Pero quien manda aquí sigo siendo yo, ¿está eso claro?

—Sí, tía —admitió humillado el joven Sheldon—. Pero esto no traerá nada bueno.

—No haga caso a Gary —dijo la mujer, invitando a Mike a cruzar el umbral de la granja—. Es un celoso guardián de nuestra intimidad desde que falta su tío, mi esposo Frank. No tiene padres desde niño, y es como un hijo para mí. Más aún desde que falta Violet... Siéntese ahí, por favor. ¿Desea tomar algo?

—No. señora, gracias —rechazó Mike, acomodándose en una butaca, algo

embarazado ante la inesperada hospitalidad de la viuda Sheldon—. No deseo molestarles. En ningún sentido. Sé que el tema que abordaré no es precisamente agradable para ustedes, pero considero necesario aclarar ciertas cosas. O no podría vivir nunca tranquilo.

—El sheriff Laskey y el juez Jacobs no se mostraron por entonces tan interesados en poner en claro las cosas. Como en aquellos momentos pendían sus cargos de las elecciones locales, sólo esto les importaba. Creo que hasta echaron tierra al asunto para no provocar un escándalo en el condado c incluso en el estado de New Hampshire...

—No me sorprendería algo así —musitó Mike Manning, arrugando el ceño—. La política acostumbra a tapar mucha basura en todas partes. ¿Usted qué pensó de la forma de morir de su hija Violet?

—Lo que pensó mucha gente en Whitefield: no fue un accidente. Ella no se hubiera caído clavándose las tijeras en el cuello. Es un puro disparate. Violet era una niña inteligente, ágil, vivaz.

—Pero estaría asustada, encerrada sola en la escuela...

—¿Quién no lo estaría, con sólo once años de edad? —Los ojos de la viuda Sheldon centellearon con una fría ira—. La señorita Olivia Caine está muerta, y no se debe hablar mal de los muertos. Pero era una mala persona, un ser amargado y reprimido que aborrecía a los niños, quizás porque ella nunca tuvo ninguno, como tampoco tuvo marido, ni siquiera novio. Era inhumano lo que hacía, castigando a las niñas a quedarse solas, encerradas en la clase. Ese colegio está lejas de la población, usted lo sabe. Era conducir a la castigada a un estado de terror rayano en la desesperación.

—¿No pudo ser ese terror el culpable del accidente o del...?

—¿Suicidio? —cortó ella, rápida. Meneó con energía su cabeza, en sentido negativo—. No. señor Manning. Tampoco creo en el suicidio.

—Entonces, sólo deja una alternativa: asesinato.

—Sí —afirmó lentamente ella—. Creo que eso es lo que ocurrió. La asesinaron.

—Pero ¿quién, en qué forma? Ella estaba encerrada allí, no se encontró abierta ninguna puerta o ventana, nadie forzó acceso ninguno a la edificación...

—Creo que pudieron entrar y salir sin forzar nada. Hubiese bastado con tener la llave de la entrada.

—Según el informe oficial, sólo la señorita Caine tenía esa llave...

—Entonces… quizás ella misma mató a mi hija —dijo glacialmente la viuda, encogiéndose de hombros—. Creo que hubiera sido muy capaz de ello, señor Manning. O tal vez alguien hurtó su llave sin ella advertirlo y obtuvo una copia. Hay muchos modos de hacer una cosa así sin dejar huellas.

—De modo que no cree que su hija fuese capaz de matarse impulsada por el terror.

—No, no, en absoluto. Le asustaba que la castigaran a quedarse sola en la escuela, pero ya no sentía el mismo terror que al principio.

—¿Y si alguien, un merodeador cualquiera, un individuo poco tranquilizador, como por ejemplo el buhonero David Hill hubiese asomado por las vidrieras, amedrentándola?

—¿Cree que eso ocurrió realmente? —dudó la señora Sheldon, clavando en él una mirada fría y desdeñosa.

—No lo sé. Sólo es una posibilidad.

—Ese hombre era un cerdo, ciertamente. Puede que lo hiciera. Pero Violet no se hubiese clavado las tijeras por ello. No, mi hija no hubiera pensado en matarse para eludir a un puerco como ese hombre.

—¿Que cree que hubiera hecho?

—No sé... Una vez, siendo muy niña, un peón nuestro la amedrentó con algo, y ella reaccionó arrojándole una piedra. Le produjo una seria herida que sangró en abundancia. Violet era así. El miedo la hacía envalentonarse, luchar contra quien la asustara.

—Entiendo —Mike asintió—. Pero fue ella quien murió en este caso de forma violenta, señora Sheldon.

—Ya se lo dije antes: alguien la mató. Lo he sabido siempre.

Manning se mantuvo en silencio unos momentos. Miró de soslayo a Gary Sheldon, el joven de la escopeta, que permanecía en pie a la puerta de la sala, mirándole ceñudo, sin soltar el arma, sobre cuyo cañón se apoyaba, haciendo descansar la culata en el suelo. No parecía nada complacido con su presencia dentro de la casa.

—¿Qué piensa de las muertes de Olivia Caine y de David Hill, señora?— preguntó de repente el joven reportero.

La viuda se sobresaltó, peí o muy ligeramente. Reaccionando en el acto, serenó su aspecto y manifestó con voz impersonal y expresión hermética:

—¿Debo opinar algo?

—Verá: murieron del mismo modo que su hija. Ambos con la garganta destrozada por unas largas tijeras.

—Tal vez sea el mismo autor. Algún loco que anda suelto por Whitefield.

—Esas dos personas pudieron conducir a la muerte a su hija, como hemos visto antes.

—¿Y qué?

—No, nada —Manning apretó los labios. El gesto de Gary Sheldon era más hosco y agresivo que nunca. Parecía desafiarle con la mirada. Tras una pausa, Mike volvió a cambiar de tema bruscamente —: ¿Sigue con ustedes Bessie Horne?

—¿Por qué no habría de seguir? —Pestañeó la mujer—. Bessie lleva años con nosotros, desde que Violet era muy pequeña. Ahora se ocupa de mi otra hija, Hattie. Es dos años mayor que Violet y ya no necesita niñera, pero Bessie cuida de todo lo nuestro con el mismo esmero y fidelidad que siempre.

—¿Quiere mucho a todos ustedes?

—Mucho, sí —sus ojos relampaguearon al fijarse en él—. ¿Por Qué me hace preguntas sobre ella? No creí que Bessie tuviera interés alguno para su

periódico.

—La vi en el cementerio cuando enterraban a David Hill. Eso me sorprendió.

—Es una mujer muy piadosa. Acostumbra a rezar por los demás.

—No rezaba, exactamente. Estaba cantando una nana.

—¿Una nana?—inexplicablemente, se agitó la señora Sheldon, que cambió una rápida mirada con su sobrino Gary—. Eso no tiene sentido...

—Es lo que yo dije. Pero lo cierto es que cantaba una nana. Aleo así como: «Duerme, duerme, mi pequeña. Duerme, Violet, en dulce paz...»

—Ya le dije que amaba mucho a Violet. Su muerte la trastornó un poco. Creo que vaga como un fantasma, recordándola siempre, rezando por ella a su modo. Tal vez esa nana tenga algo que ver con sus plegarias, no sé.

—¿Y por qué cantarla en el cementerio cuando sepultaban al buhonero?

—Eso no puedo saberlo. ¿Por qué no se lo pregunta a ella?

—Creí que usted podría darme una respuesta mejor que la que ella me diese.

—Pues ya ve que no es así. Sencillamente, porque no tengo esa respuesta. En resumen, señor Manning, ¿qué es lo que anda buscando, exactamente? ¿Por qué ha venido?

—Trato de saber si hay alguna relación entre los dos asesinatos recientes, los de Olivia Caine y David Hill... y la muerte de su hija Violet.

—¿Relación? ¿Cuál podría haber? —le miró ella altiva, glacial.

—No lo sé aún. Es sólo una posibilidad. ¿No le gustaría que el culpable de lo sucedido a su hija, si lo hubo realmente, fuese descubierto a través de otros delitos cometidos por él mismo?

—Si hubo un culpable, desearía verle morir del mismo modo que murió mi hija —sentenció despiadadamente Stella Sheldon.

—Lo imaginaba —suspiró Mike—, Señora Sheldon, ¿tenía alguna amistad su hija?

—Por supuesto. Niñas de su edad. Aparte lo mucho que se querían Hattie y ella, como buenas hermanas que eran, estaba Maisie King...

—¿Quién es ella?

—Una niña compañera de colegio... Su mejor amiga. Luego, estaban los Hoffer.

—¿Quiénes?

—Los Hoffer. Unos vecinos nuestros. Tienen una granja a menos de un tercio de milla de aquí, hacia el sur. Ellos no tienen hijos. Pero Alvin y Susan Hoffer tenían un afecto profundo por Violet. Y la invitaban algunos domingos a comer con ellos. Eran felices viéndola jugar por su granja, escuchando su gracejo. Mi hija era maravillosa, señor Manning. Una criatura bonita, graciosa, lista, vivaracha... Todos la querían.

—Todos menos uno, a juzgar por su teoría, señora

—Sí, es cierto —sus pupilas fulguraron con un fuego de odio y de dolor —. Alguien que no la quería tuvo que hacerlo. Un monstruo, un cobarde

asesino sin conciencia...

—Hablemos de los que la querían. Los Hoffer, la niña Maisie King...

—Sí, es mejor hablar de quienes realmente la amaban. Los Hoffer sufrieron un impacto tan fuerte como si hubiese sido alguno suyo. Vinieron al funeral. Ella sollozaba deshecha. El hombre estaba lívido, crispado...

—¿Y la niña Maisie? ¿Estuvo también en el funeral por su amiguita?

—Por supuesto. Con sus padres. Cuando pidió ver a su amiguita en el féretro y la besó derramando lágrimas, hizo llorar a todos los presentes. Pobre niña... Fue la última en ver con vida a mi hija.

—¿Cómo lo sabe? —se sorprendió Mike.

—Ella misma nos lo contó. Cuando Olivia Caine castigó a Violet aquel día, Maisie se olvidó su portalápices en la clase y tuvo que volver a por él. Entró, cuando ya Violet estaba encerrada. Dice que parecía animada, que le sonrió y le dijo que al otro día irían a coger violetas al bosque...

—¿Violetas? ¿Le gustaban esas flores?

—Sí. Creo que le gustaban porque ella misma se llamaba Violet. E incluso le gustaba llevar un vestido color lila que le regalamos por su cumpleaños. Y con él, precisamente, fue amortajada...

—Entiendo —suspiró Mike, poniéndose en pie con un suspiro profundo —. Creo que ya la he molestado demasiado con un tema tan ingrato, señora Sheldon. Espero me perdone.

—Está perdonado —musitó ella—. Creo que ha sido un alivio poder hablar de mi niña. ¿Va a publicar todo eso en el periódico, tal vez?

—No lo sé aún. Lo que quiero es la verdad sobre un asesino. Un asesino que tal vez ha permanecido inactivo durante más de un año... para volver a matar ahora. Lo extraño es que lo haga con personas que, de un modo u otro, pudieron dañar a su hija Violet, señora Sheldon.

—¿Y qué explicación podría tener eso? —musitó ella, acompañándole a la salida.

—No lo sé. Sinceramente, no lo sé —confesó Mike.

—Yo creo que si lo sé, señor reportero —habló agriamente Gary Sheldon, plantado ante él—. Ha venido a sugerir que uno de nosotros podría estar vengando ahora a Violet en las personas de sus enemigos, de quienes la quisieron mal, ¿no es cierto?

Mike miró fijamente al que hablaba. Advirtió enemistad y agresivo recelo en el joven rostro de Gary Sheldon. Meneó la cabeza, apartándole con suave firmeza de su camino.

—Usted puede haber dado en el clavo, Sheldon —dijo, tajante—. Sí, es posible que ésa sea una explicación. Pero no puedo saber si el vengador es uno de ustedes... o alguna otro persona que amaba a Violet Sheldon lo suficiente como para convertirse en asesino por ella...

Echó a andar fuera de la casa, pisando la nieve crujiente y algunos charcos fangosos donde ésta se había derretido. Gary, furioso, alzo su escopeta como si so dispusiera a vaciarla sobre la espalda del visitante.

Mike notó todo eso sin volver la cabeza, pero prosiguió su camino imperturbable, como si nada le preocupase. Stella Sheldon pegó un empellón a su sobrino, haciéndole bajar el arma, y mascculló con energía:

—¡Estúpido! ¿Qué pretendes? Deja eso ahora mismo y ve a atender a las vacas al establo, que es tu obligación. No quiero volverte a ver con ese arma mientras no sea absolutamente necesario. Nadie va a venir a hacernos daño, no seas idiota.

Avergonzado, Gary se encaminó a los cercanos establos, tras dirigir una mirada de cólera al periodista. Mike no comentó nada ni se volvió en momento alguno para mirar a los miembros de la familia granjera.

Sólo cuando alcanzó la cerca, giró la cabeza, pensativo. Descubrió una ventana en la que alguien dejaba caer con rapidez un visillo para no ser descubierto escudriñando al visitante.

Sin embargo, el movimiento no fue lo bastante rápido, Mike llegó a advertir que el rostro vislumbrado tras el vidrio de aquella ventana, era de color negro...

¿Por qué Bessie Horne, la fiel nurse de los Sheldon, se preocupaba por vigilarle y también por evitar que él lo advirtiese?

Iba pensando en ello cuando se encaminó a la cercana granja de los Hoffer.

* * *

Ni Alvin ni Susan Hoffer estaban en la granja cuando llegó.

Pero tuvo suerte, porque al regresar a Whitefield, descubrió una camioneta aparcada ante la tienda más importante de la población, en cuya carrocería se había escrito con brocha y pintura roja el nombre de Hoffer Farm.

Una mujer con camisa de franela a cuadros y chaquetón de cuero permanecía al volante. Era canosa, recia y de rostro saludable. Un hombre cincuentón, fornido y de rostro rugoso, salía del almacén cargado con varias cajas de provisiones. Se detuvo a enjugarse el sudor cuando había cargado los embalajes en el coche, y Mike le abordó.

—¿Alvin Hoffer? —y era más una afirmación que una pregunta.

—Sí, yo soy —el hombre le miró, pasándose el pañuelo por su rostro sudoroso. Pese a la fría temperatura reinante, parecía tener incluso calor—. ¿Y usted, joven?

—Mike Manning, del Weekly —sonrió el periodista.

—Oh, Manning. Conozco su nombre por el periódico. Le felicito. Ha hecho un buen semanario de lo que no valía un centavo, muchacho.

—Muchas gracias, señor Hoffer —Mike se rascó la cabeza—. Supongo que habrá adquirido nuestra edición especial dedicada a los dos asesinatos recientes...

—Desde luego —resopló—. Algo horrible, ¿verdad?

—Horrible, si. Señor Hoffer, ¿sabe que hemos pensado en la posibilidad de que la persona que mató a la señorita Caine y al buhonero Hill pudo ser la

misma que mató a Violet Sheldon?

—Dios mío... —boqueó Alvin Hoffer, repentinamente pálido, mirándole con asombro—. ¿Qué es lo que dice?

—Cielos, ¿pero realmente, asesinaran a la pobre niña?— era la señora Hoffer quien, desde el camión, hacía la pregunta, abriendo la portezuela para saltar a la acera.

—De momento es sólo una teoría, pero podría ser muy bien realidad, señora —asintió Mike—. Incluso el arma utilizada parece ser similar.

—¿Unas tijeras?

—Unas tijeras, sí.

La señora Hoffer se estremeció, colgándose del brazo de su marido, a quien miró con patetismo. El carraspeó, tratando de recuperarse de su sorpresa, y contempló a Mike.

—¿Por qué me lo cuenta a mí, Manning? —quiso saber.

—He hablado con los Sheldon. Ellos me mencionaron su afecto por Violet.

—La pobre criatura... —musitó Susan Hoffer—. No era afecto sólo. La amábamos como si fuese nuestra. Por desgracia, Dios no nos ha dado hijos. Violet era encantadora. Nos alegraba algunos días de fiesta. Juguetona, alegre, dicharachera... Así era ella, ¿comprende? Una niña maravillosa. Y tuvo que morir de ese modo...

—Si realmente fue un asesinato, el culpable no pagaría con cien vidas que tuviese —manifestó roncamente su esposo—. ¿Cree que podemos ayudarle en algo a descubrirlo?

—Lo estoy intentando, señor Hoffer. Ustedes conocían a la niña, tal vez ella les habló alguna vez de alguien, de alguna persona que hubiera querido hacerla, daño, que le diese miedo a ella...

—David Hill, el buhonero —dijo, rápida, la señora Hoffer.

—Es cierto —corroboró su esposo Alvin—. El buhonero la había perseguido y asustado en ocasiones. Ella le temía. Pero si él también ha muerto...

—Sí, eso es lo malo —suspiró Mike—. ¿Y nadie más?

—No, nunca dijo nada de eso salvo para mencionar a ese buhonero. Todos querían a Violet en esta ciudad, Manning. No podía ser de otro modo.

—Desde que la mataron, vivimos muy solos —murmuró Susan Hoffer amargamente—. Pobre niña... Su hermana Hattie es muy diferente. Arisca, traviesa, orgullosa... No puede haber dos hermanas tan diferentes.

—¿Se llevaban bien las dos?

—Regular —sonrió Hoffer—. Pero ya sabe cómo son los niños. Hattie tendrá lo que sea, pero sufrió mucho al morir su hermana, todos lo advertimos. Por suerte, tuvo a su lado a esa negra nurse para consolarla.

—¿Bessie Horne?

—Sí, Bessie se llama. El apellido no lo sabía. Ella parece ser que fue quien más quiso a Violet Sheldon. Era adoración. Dicen que vive trastornada desde

que murió. Y lo parece, en efecto. Siempre va murmurando sola, canturreando algo, no sé el qué...

Mike creía saberlo, pero no dijo nada. Miró a los Hoffer, que parecían haberle dicho todo lo que sabían, y tendió su mano al hombre, estrechándosela ambos con calor.

—Gracias por su ayuda —dijo Mike—. Espero que todo esto me sea de alguna ayuda para llegar a una conclusión definitiva. Sí, eso es lo que espero...

Y se alejó de regreso a la redacción, convencido de que no había progresado gran cosa aquel día. La camioneta de los Hoffer arranco, tambaleante, de regreso a la granja dejando dos hondos surcos en la nevada calle.

CAPITULO IV

Era una niña rubia, de ojos azules, grandes e ingenuos, expresión risueña y un cuerpecito esbelto y bien formado, precursor del que sin duda sería un bello físico femenino al paso de unos pocos años.

Maisie King, hija de un hombre viudo, propietario del cinematógrafo local, había sido la mejor amiga de Violet Sheldon. Ahora, al abordarla Mike Manning, parecía asustada, vencida por la timidez propia de los niños.

—Sí, éramos amigas Violet y yo— manifestó, mirando a Manning con recelo—. Pero ella se murió...

—Ya lo sé, Maisie. Murió. Debiste sentirlo mucho, ¿verdad?

—Mucho, sí.

—¿La viste aquella tarde en la escuela?

—Claro. Estudiábamos juntas, con la señorita Caine. No me gustaba la señorita Caine. Era mala. Muy mala con todas nosotras.

—Pero volviste a verla más tarde, cuando ya os habíais ido las demás de clase, ¿no es así?

—Sí. Casi no me acuerdo. Pero entré a recoger mi portalápices que se había quedado en el pupitre. Violet estaba allí. Castigada.

—¿Muy asustada?

—No mucho. Pero estaba furiosa. Decía que no había hecho nada para ser castigada.

—¿No crees que pudo asustarse después?

—No lo sé. Pero la castigaban muchas veces, señor. Estaba acostumbrada.

—¿Crees que se puede entrar en el colegio una vez cerrado, sin dejar señales de violencia, sin romper cerraduras, puertas o ventanas?

—Claro —rió la niña—. Se puede entrar y salir. Violet me lo contó una día.

Mike se mostró súbitamente interesado. Se agachó ante Maisie.

—Te contó, ¿qué? —insistió.

—El modo de entrar y salir sin romper nada. Ella salía a veces, cuando era castigada y no nevaba o hacía demasiado frío. Y al volver la señorita Caine, no notaba nada.

—Cuéntamelo, Maisie. ¿De qué modo se podía entrar y salir?

—Por el desván. Poniendo una escalera de mano que hay en el cuarto de los trastos viejos, justo al lado de la pizarra, se alcanza la trampilla del desván, que está en el techo. Se sube por allí y se sale por una ventana del desván que no cierra bien. Es la única que hay arriba. Luego, es fácil escalar la pared, porque hay dos cornisas y los ladrillos tienen las junturas muy hondas... Yo lo hice también un día.

—Vaya... —Manning se irguió, reflexionando—. ¿Crees que pudo entrar alguien por el desván y atacar a Violet?

—Quizás —Maisie volvió a mostrarse asustada—. Pero yo no lo sé,

señor...

—Oh, claro, claro— la calmó Mike—. Dime una última cosa. Maisie: ¿tenía Violet algún enemigo, alguien que la quisiera mal?

—No sé... —meneó la cabeza. Luego, sus ojos brillaron—. ¡Sí, ya me acuerdo!

—¿De qué te acuerdas? —indagó Mike, interesado.

—Ella tenía miedo de un hombre. Del buhonero...

—¿David Hill? Sí, lo sé. ¿De nadie más? ¿No había nadie que hubiese sido malo con ella, quitando al buhonero y a la maestra?

—Bueno, sí, había alguien... —vaciló tímidamente la niña.

—¿Quién? Vamos, trata de recordar, es muy importante.

—Se llamaba Gordon McDuff.

—Gordon McDuff... ¿Quién es y por que fue malo con Violet?

—Es un hombre gordo, fuerte... Muy gordo, señor —se estremeció, como si olla también fuese poco amiga de recordarlo—. Un día... un día asaltó a Violet. Quiso... quiso besarla, quitarle las ropas... Vino muy asustada, pero tenía miedo y no se Jo dijo a nadie. Decía que ese horrible hombre gordo la amenazó con matarla si contaba algo a alguien...

—Vaya... —Mike entornó los ojos, en tensión—. ¿Dónde puedo hallar a ese McDuff?

—No, no le diga nada... Si sabe que yo hablé... me matará. . —gimió Maisie, aterrorizada.

—No temas. No sabrá nada por mí. No te hará el menor daño. Pero dime quién es él.

—Gordon McDuff, el nombre gordo... trabajaba en la granja de los Hoffer, señor. Pero le despidieron por haragán. Ahora está en la ciudad, trabajando en la oficina postal...

—Gracias, Maisie—Mike acarició los dorados cabellos de la niña—. Es todo, pequeña. No temas nada. Ese McDuff nunca te molestará, seguro...

Mike, sin saberlo, estaba siendo todo un profeta.

* * *

No acostumbraba a haber excesivo trabajo en la oficina de Correos de Whitefield en aquellas fechas invernales, salvo cuando llegaban la Navidad y el Nuevo Año. Como ahora no era ése el caso, los paquetes postales y las cartas escaseaban considerablemente, y eso hacia feliz a Gordon McDuff.

Nunca le había gustado demasiado trabajar, y eso le había costado perder el empleo en varias ocasiones. La última de ellas, cosa de medio año atrás, fue en la granja de los Hoffer, cuando Alvin Hoffer, su propietario, acabó cansándose de sus negligencias y de su pereza en las labores y le echó de su propiedad con cajas destempladas.

Luego, McDuff tuvo suerte al quedar vacante una plaza de empleado en la oficina postal, puesto que no requería demasiada laboriosidad salvo en

contadas ocasiones, y con el que cobraba un salario aceptable. En realidad, McDuff no quería mucho más. A él lo que le gustaba era haraganear, espiar a las muchachas, pellizcar a alguna que otra en un descuido, e incluso magrearlas si ello era posible, seguro de que para evitar el escándalo en un sitio pequeño como aquél, ninguna de ellas iría a denunciar al abuso al sheriff Laskey.

Lo peor era su inclinación por las muchachitas jóvenes, casi niñas. Mientras el buhonero Hill se había limitado siempre a amedrentarlas, él sentía una morbosa debilidad por las pequeñas, y eran varias las ocasiones en que habíase aprovechado de hallar sola a alguna niña en las afueras de Whitefield para manosearla o intentar alguna obscenidad con ellas. Casi siempre fracasó, porque las pequeñas salieron huyendo, asustadas, si bien tampoco le trajeron problemas.

Sólo el caso de Violet Sheldon estuvo a punto de costarle un disgusto, porque la niña era muy lista y vivaracha, y se resistió férreamente a dejarse quitar las ropas, a permitir que él la besara o que tocara sus diminutos pechitos y sus bien formadas piernecillas. Asustada, la niña huyó, yendo a contárselo a alguna otra amiga, pese a que él la amenazó con matarla si decía algo a sus familiares o a alguna otra persona.

Por suerte para él, la otra niña fue Maisie King, una criatura bastante medrosa, y la cosa quedó en secreto finalmente, cuando él temía lo peor.

Su afición por las pequeñas no había cedido por eso y muchas niñas que iban inocentemente a la oficina postal a recoger alguna carta o paquete para sus padres, habían salido de allí de estampida cuando él trató de cometer con ellas algún abuso deshonesto.

Sabía que mucha gente empezaba a murmurar ya de él en ese sentido, y pensó que tendría que empezar a dominar sus instintos si no quería verse encarcelado por el sheriff al menor descuido.

Últimamente, por tanto, se controlaba bastante bien, en particular porque se sabía vigilado por Laskey y su ayudante Scott. No cometería ningún error ahora, por mucho que le atrajese una niña de Whitefield.

Aquella tarde había estado clasificando el escaso correo recibido, sorprendiéndose al ver varias cartas dirigidas a una troupe circense de la que no tenía la menor noticia, puesto que el único local apto para tales espectáculos en Whitefield, estaba cerrado en esas fechas. Poco después, al venir Abbe Mason a por el correo habitual para su redacción del semanario, le había aclarado el misterio: había un circo ambulante actuando desde dos semanas atrás en el condado, actualmente instalado en Lancaster, y cuya actuación por tres días en Whitefield tendría lugar a finales de aquella misma semana.

McDuff guardó por tanto el correo dirigido a los artistas del circo en un apartado del amplio casillero postal y miró su reloj con un suspiro de honda satisfacción. Ya eran las cinco de la tarde.

La hora de cerrar la oficina. La hora de dejar el trabajo. Ese era para él uno

de los mejores momentos de la jornada. Tal vez el mejor.

Se quitó el guardapolvo de servicio con el emblema del Servicio Postal de los Estados Unidos, que colgó descuidadamente en un perchero de la destartalada oficina, y se dispuso a salir de allí. Brillaba ya una mortecina bombilla, colgada de un cordón del techo, sobre su cabeza calva y redonda como un balón. En el exterior, la noche había caído con rapidez, como sucedía durante el invierno a tan temprana hora. Las luces del alumbrado público y de los escaparates, destacaban va nítidamente en las calles nevadas, dando una tonalidad azulada a la nieve.

De pronto se sorprendió, cuando tenía puestas sus manos sobre su chaquetón de cuero forrado de pieles, con el que se protegía habitualmente del frío clima. Había oído campanillear en la puerta delantera de la oficina postal.

—Que raro —gruñó—. La gente nunca viene a esta hora. Saben que es la de cerrar... Si quieren depositar una carta, está el buzón exterior. Y no tengo correo pendiente para nadie, salvo para la gente de ese circo...

Se encogió de hombros. Tal vez algún niño travieso había hecho una jugarreta con la puerta de la oficina. Maldijo a todos los niños habidos y por haber, apagó la bombilla y cruzó la divisoria de vidrio esmerilado que le separaba de la oficina exterior, más allá de la ya cerrada ventanilla por la que atendía al público.

Otra luz, aún más débil, brotaba allí de una bombilla cubierta de polvo. Las vidrieras de la puerta y el ventanal de la oficina, aparecían ya veladas por las cortinas que él mismo había corrido cosa de diez minutos antes, dando así a entender a posibles rezagados que ya no se despachaba. El rotulito de "cerrado" pendía también de la puerta, bien visible para los transeúntes.

Se sobresaltó al ver que el pestillo había sido corrido por dentro, cerrando así la puerta del establecimiento. Eso era algo que sólo se hacía cuando había giros postales o pagas comerciales enviadas por correo. Pero él no había cerrado esa puerta antes.

Recordó el campanilleo y frunció el ceño. No había duda de que alguien había entrado en la oficina postal cuando la campanilla de la puerta tintineó. Pero ese alguien no había podido salir. En vez de eso, había cerrado por dentro.

—¿Qué diablos...? —Masculló, mirando en torno con disgusto—. ¿Quién se ha metido aquí, maldita sea?

No respondió nadie. Una serie de pupitres para escribir impresos de giro o cosas semejantes cubrían un lateral de la oficina. Algo más allá, se alzaba un armario con las puertas cerradas, donde los empleados postales acostumbraban a guardar sus prendas de trabajo, el almuerzo y cosas por el estilo, así como paraguas, prendas de abrigo o raquetas para andar por la nieve, si la crudeza del tiempo lo exigía. Que él recordase, hacía tiempo que no se utilizaba ahora.

Lo miró pensativo. Empezaba a sentirse algo incómodo en la oficina. Era

absurdo imaginar que alguien pudiese entrar allí con la idea de lucrarse, porque todo el mundo en Whitefield sabía que en Correos rara vez quedaba aleo de valor cuando se cerraba, a menos que fuese fin de mes y llegaran nóminas o giros, si bien la mayor parte de las pagas se hacían a través del Banco local y no de los servicios postales.

Sin embargo, aquella puerta cerrada seguía inquietándole. El intruso no había podido abandonar la oficina. Y no había allí más que un sitio donde pudiera estar oculta la persona que accionó la puerta y la cenó después: el armario.

Lo contempló fijamente? como hipnotizado. Un raro desasosiego se apoderaba de él paulatinamente. Sin saber la causa, empezaba a sentir miedo. Y ni siquiera podía definir a qué o a quién,

—¿Quién está ahí? —Bramó, acumulando valor y aterrando resueltamente un pesado taburete con su mano gruesa y corta—. ¡Vamos, salga quien sea o le haré salir a golpes, por todos los diablos!

Esperó en vano. El armario continuo herméticamente cerrado, intuía que unos ojos invisibles le estaban escudriñando a través del agujero de la cerradura sin llave. La idea le causó un escalofrío.

Luego, decidido, avanzó hacia el armario. Iba dispuesto a abrir las puertas de carcomida madera y abatir el taburete sin contemplaciones sobre la persona que, sin duda alguna, se ocultaba allí dentro y cuyo extraño juego le estaba logrando alterar los nervios

Avanzó solamente dos pasos. Luego, de repente crujió el mueble agriamente. Y las puertas se abrieron sin que él las tocase.

Surgió alguien de su interior. Un ronco alarido de horror brotó de labios de Gordon McDuff cuando vio la figura que emergía del interior, mirándole con maligna fijeza. Una risita aguda, infantil, retumbó en la mal iluminada oficina.

McDuff reculó, angustiado, mirando sin creerlo aquella figurilla que, envuelta en la penumbra del interior del armario, mantenía fija en él su mirada. Crujió un tejido sedoso, brillante. Un revoloteo de raso color lila fue visible a la luz mortecina de la única bombilla.

El taburete cavó de la mano, repentinamente fláccida y temblorosa del gordo funcionario postal. Un sudor helado empapaba de pronto con viscosa frialdad su rostro y sus manos. La calva le brillaba amarillenta, como cubierta de cera húmeda.

—Dios, no.. —masculló, desencajado, lívido, mirando sin creerlo posible a aquella figurita pequeña, mezcla de infantil y demoníaca, que emergía del fondo del viejo y alto armario, apartando los guardapolvos colgados de perchas de polvorienta madera—. No es posible... No puedes ser tú... ¡Estás... estás muerta!....

La figura se movió ante él con dantesca simplicidad, como si se meciera sobre los piececitos calzados con zapatos de charol negro sobre los calcetines blancos. De nuevo aquella risa infantil brotó de sus labios alegremente.

Y, de pronto, cuando McDuff intentaba dar media vuelta, huir a la carrera

de aquella figura estremecedora, ésta se movió con precisión diabólica. Una manita suya alzó algo centelleante, acerado, puntiagudo y largo. Los deditos infantiles lanzaron con potencia el arma arrojadiza contra Gordon McDuff.

Este se paró en seco, con un grito que se hizo gorgoteo de horror. Unas larguísimas tijeras de labor habían silbado en el aire con insólita fuerza para ir a clavarse hasta la mitad en plena garganta del hombre.

Se quedó sobre su nuez, vibrando siniestramente, con un destello plateado, por cuyos bordes comenzó a correr un doble reguero de sangre. Con ojos desorbitados, McDuff cayó de rodillas, sintiendo que su boca se llenaba también de sangre. Boqueó y sus labios expulsaron una bocanada roja. Miró con infinito estupor a la figura infantil, que bailoteaba con alegre y monstruosa complacencia en torno a él, mirándole aviesa, como esperando su final inexorable.

Ya no podía gritar. Sólo roncos estertores escapaban de la boca convulsa de McDuff, cuya lividez se iba haciendo cérea. La sangre empapaba ya el cuello sucio de su camisa deshinchada por el uso y goteaba sordamente hasta sus rodillas, empezando a formar charco en el suelo polvoriento.

Cuando cayó de bruces, la tijera aún se hincó más profundamente en el cuello de la víctima. La risa siniestra, infantil, flotó con un horrible réquiem por el muerto. McDuff era ya cadáver. Su boca crispada seguía expeliendo sangre en abundancia.

Sin prisas, con aquel vaivén, como meciendo su figura en un juego inofensivo, la figurita infantil se movió hacia la salida de la oficina postal. Abrió el pestillo sin prisas y asomó a la calle.

Los peatones eran escasos, por no decir nulos, ya que el viento era gélido y fuerte en estos momentos y, aunque no nevaba, la helada temperatura iba congelando la nieve hasta convertirla en sucio y peligroso hielo.

La niña se alejó, con pasitos cortos, hasta la cercana esquina, que dobló ágilmente, desapareciendo en la oscuridad de un callejón desierto, con una última risa divertida y burlona.

El viento jugueteó con la puerta sin encajar de Correos, hasta que alguien asomó, sorprendido de ver luz y no hallar ya cerradas las oficinas, y así descubrió el cadáver de Gordon McDuff.

En un edificio de enfrente, alguien había visto, casualmente, al asomar a la ventana y contemplar la calle nevada, una figurita que se perdía en las sombras.

La figura de una niña vestida de color lila, con zapatos de charol negro y calcetines blancos. Una niña rubia, esbelta y saltarina, cuyo vestido de raso lila era agitado por el viento con revoloteos violentos, sin que el frío pareciese afectar a la criatura lo más mínimo.

Ese inesperado testigo citaría luego la circunstancia, cuando el sheriff Laskey y, el juez Jacobs iniciaron las investigaciones en torno al asesinato de Gordon McDuff, el tercero en pocas fechas, y muerto también por la acción de unas largas tijeras en la garganta...

CAPITULO V

—¿Está seguro de lo que dice, señor Peters?

—Tan seguro como de que ahora le estoy viendo, sheriff Laskey.

La pregunta había sido escéptica. La respuesta, tajante.

Ambos hombres.se miraron en silencio durante unos momentos. El asombro y la desorientación asomaban ostensiblemente al rostro enjuto y severo del sheriff de Whitefield mientras contemplaba a su interlocutor.

—Es que me parece imposible —manifestó con voz ronca al fin, sacudiendo su cabeza.

—A mí me lo pareció ya entonces. Los niños van más abrigados con un tiempo así, de lo que iba aquella niña.

—¿Pudo identificarla?

—No. Iba de espaldas y doblaba en ese momento la esquina de la oficina postal, desapareciendo en el callejón —suspiró Jerry Peters, el vecino de Correos, accidental testigo del hecho—. Sólo pude ver que era rubia y como de unos once años, aproximadamente. Tenía el cabello largo y sedoso, eso sí.

—¿Y vestía de color lila, en un tejido ligero?

—Sí. Ligero y de brillo, algo así como seda o raso, sheriff. El reflejo de las luces en la nieve lo acusaba claramente. Sólo la vi cosa de tres o cuatro segundos, no más. Entonces sólo me sorprendió el hecho, pero no pude pensar que tuviera relación alguna con un crimen tan horrible.

—Aún no sabemos si la tuvo, realmente —se mostró cauto Robin Laskey frotándose el mentón con aire pensativo—. ¿Observó si la puerta de la oficina postal oscilaba ya en esos momentos, señor Peters?

—No, no observé nada. Volví al interior de casa y comenté lo que viera con mi esposa, que mostró tanta extrañeza como yo y comentó algo sobre el descuido de ciertas madres, al permitir que con un tiempo semejante permitan a sus hijos ir desabrigados, corriendo el riesgo de coger una pulmonía.

—¿Su esposa no vio nada, en tal caso?

—No, nada. Estaba preparando la cena en la cocina. Recuerdo que volví a leer mi periódico como hacía antes de asomar a la ventana, y al aparecer mi mujer en la sala, se lo comente. Eso fue todo, sheriff.

—Si estaba leyendo antes de ser testigo de la presencia de la niña en la calle, ¿hubo alguna razón concreta para que abandonase la lectura y se asomara a la ventana en ese momento, señor Peters? —preguntó súbitamente Laskey, mirándole muy fijo.

—Pues la verdad, no sé... —Peters mostró su extrañeza ante un hecho en el que no se había parado a pensar antes. Ahora reflexionó, como si evocara algo, y terminó asintiendo con su cabeza—. Sí, creo que sí. Ahora que lo ha citado, es posible que algo atrajese mi atención hacia la calle, sheriff.

—¿Sabe lo que fue?

—Creo saberlo. El viento soplaba en dirección a nuestra casa. Estoy

seguro de que me pareció oír un grito agudo en alguna parte, parecido al chillido de un cerdo en la matanza. Y eso me hizo asomar, estoy casi convencido.

—Gracias, señor Peters —suspiró el sheriff—. Eso puede ser muy importante. Significaría que entonces estaban matando al señor McDuff en Correos y que usted asomó cuando ya le habían matado.

—¿Sospecha que la niña pudo ser testigo de algo tan horrible?—dudó Peters—. Yo la vi caminar y lo hacía como a saltitos, ya sabe cómo van a veces los niños. No, no había señal alguna de terror en su modo de andar.

—Ya —Laskey cambió una ceñuda mirada con su ayudante Scott, que se rascaba los cabellos con aire perplejo, y cerró su bloc de apuntes tras anotar cuanto le dijera el testigo—. Muchas gracias por todo, señor Peters. Puede que haya sido una gran suerte tenerle a usted por testigo en esta ocasión. Si le vuelvo a necesitar, acudiré a usted.

—Puede hacerlo siempre que quiera —suspiró Jerry Peters—. Pero mucho me temo que no pueda serle de gran ayuda en el caso. Después de todo, ¿qué importancia puede tener que una niña mal abrigada pasara por el lugar del crimen en esos momentos?

—Sí, claro. ¿Qué importancia podría tener?— admitió Laskey, camino de la puerta, con un destello acerado en sus ojos.

El y el joven Warren Scott pisaron la acera nevada. Miraron sombríamente al otro lado de la calle, al edificio postal, ahora rodeado por grupos de curiosos. Su mirada se fijó especialmente en fa callejuela lateral, oscura y estrecha. Por allí, según el testigo, había desaparecido la niña vestida de Mía.

—Que me ahorquen si lo entiendo —farfulló con disgusto el sheriff.

—Lástima que la nieve se haya endurecido por las heladas —comentó Scott, mirando a sus pies la dura costra de hielo—. No habrá huellas en ese callejón.

—Ya lo sé, maldita sea —refunfuñó su jefe, echando a andar con precauciones para no resbalar en el suelo helado—. Mire, ahí viene Manning. Ese muchacho tiene olfato para intuir dónde ocurre algo...

Mike Manning cruzaba la calle hacia ellos. Venía de la oficina postal, donde un hombre delegado por Laskey montaba guardia, rifle en mano. El joven reportero parecía excitado por algo, cosa bastante lógica, dadas las circunstancias.

—Hola, sheriff —saludó—. ¿Es cierto lo que me han dicho?

—Cierto y bien cierto. Ya no está ahí el cuerpo de Gordon McDuff. Lo llevamos a la morgue, para que el doctor Kennedy le haga la autopsia, aunque maldita la falta que hace para saber cómo lo mataron.

—¿Con unas tijeras? —indagó Manning.

—Claro. Y esta vez no hay dudas. Las tiene clavadas aún en su cuello.

—¿Con huellas?

—No lo sé. Se ven muy limpias, pero todo es posible. Va veremos.

—De modo que Gordon McDuff... —comentó Mike entre dientes, con la

frente surcada por sombrías arrugas.

—Sí —Laskey le miró, pensativo—. ¿Le conocía usted de algo?

—Intentaba conocerle justamente hoy. Una niña me habló de él.

—¿Una niña? —pegó un respingo Laskey.

—Sí, ¿he dicho algo malo? —la mirada gris y dura de Manning se fijó en él.

—No, tal vez no. ¿Qué niña era ésa?

—Maisie King, la mejor amiguita que tuvo en vida Violet Sheldon.

—¿Ya volvemos otra vez a Violet Sheldon?—resopló con disgusto Laskey.

—Estuve haciendo unas preguntas por ahí. A los Sheldon, a los Hoffer, a la niña de los King... Todo eso me conducía a un hombre: Gordon McDuff, que fue empleado de los Hoffer, y que un día intentó abusos deshonestos con Violet Sheldon.

—Cielos, ¿cómo supo eso? —se asombró el sheriff Laskey, parándose en medio de la helada calzada para mirar a su interlocutor. Un sedán negro pasó junto a ellos, patinando sus neumáticos sobre el hielo. Al otro lado de la calle, las bombillas de un cinematógrafo parpadeaban en torno al afiche de «Melodías de Broadway 1936», con las sonrientes efigies de Robert Taylor y Eleanor Powell. Algo más allá, una librería exhibía en su escaparate las multicolores portadas de las novelas pulp de diez centavos, con sus héroes más actuales, Doc Savage, La Sombra, Bill Barnes y Pete Rice.

Whitefield era en todo una ciudad normal y tranquila, como cualquier otra de New Hampshire o de cualquier otro estado de la Unión. O cuando menos, lo parecía Aquel horror que se desataba sobre ellos, parecía tan incongruente y absurdo ahora, como si no existiera más que en su imaginación.

Sin embargo, era cierto y bien cierto. La muerte había golpeado tres veces brutalmente durante breves días. Tres asesinatos feroces y sangrientos.

Mike Manning había sonreído ante la pregunta de

Laskey, alcanzando la acera para no correr riesgos con los escasos pero resbaladizos vehículos que circulaban de noche por Whitefield.

—Ya le dije que hablé con la gente. Todo el mundo quería al parecer a Violet Sheldon en este lugar. Todos menos la señorita Olivia Caine,, su maestra, el buhonero David Hill... y el obsceno Gordon McDuff.

—Ya veo —los ojos de Laskey brillaron fijos en él—. Y esas tres personas, casualmente, han muerto.

—¿Casualmente? —Dudó Mike, enarcando las cejas—. Yo no me atrevería a decir tanto. Ya era rara la coincidencia de Olivia Caine y David Hill. Ahora, esto es mucho peor que una coincidencia, sheriff.

—Y además, están las tijeras —apuntó Warren Scott, mordiendo la punta de su lápiz.

—¿Fueron unas tijeras, realmente? —interrogó Manning.

—Sin lugar a dudas. Esta vez, el asesino las dejó en el cuello de su víctima. Le bastó un solo golpe para destrozarle la garganta. Mi siquiera

pudimos arrancarlas de profundas que estaban incrustadas en la herida.

—Cielos... —Mike meneó la cabeza, confuso, aturdido—. Todo esto es enloquecedor, sheriff. Mueren todos los que causaron algún mal a una niña difunta. Mueren del mismo modo que ella murió.. Y una negra nurse medio trastornada, va por ahí cantando una nana a la niña muerta...

—Y eso que aún no sabe lo peor —rió entre dientes Scott son sorna.

Mike se volvió a él vivamente, con sobresalto.

—¿Hay algo peor? —indagó, perplejo.

—Vaya si lo hay —rezongó Laskey apartando a algunos curiosos de la entrada a la oficina postal—. Venga, se lo contaré dentro. Es mejor que la gente no sepa eso, o van a empezar a ver fantasmas...

—¿Qué clase de fantasmas? —se alarmó Mike, siguiendo a los dos agentes de la Ley al interior de la oficina, cuya puerta cerró cuidadosamente el sheriff.

—Esta vez hubo un testigo que oyó chillar a McDuff cuando debieron atacarle —dijo sombríamente Laskey—. Ese testigo vive ahí enfrente. Se asomó a la ventana.

—¿Y vio algo?

—Vaya si lo vio, aunque maldito si entiendo lo que puede significar.

—No le entiendo, sheriff. ¿Vio a alguien merodeando el lugar, o huyendo después de matar a McDuff?

—Eso es lo que no podemos saber. Pero no es lógico que, con la noche que hace, se pasee por ahí una niña sin prendas de abrigo, con sólo un vestido ligero, zapatos negros de charol y calcetines blancos, ¿verdad?

—¿Eso vio el testigo? —Manning se puso rígido.

—Sí, eso es lo que vio. Al menos, es lo que él afirma.

—¿Sólo él lo vio?

—Sólo él, por el momento. Dice que la calle estaba desierta. Eran las cinco y pocos minutos.

—Una niña... —repitió Manning, mirando al vacío—. ¿Pudo describirla?

—En efecto. Y mucho me temo que no le guste lo que voy a decirle, Manning.

—¿Por qué?

—Porque no me gusta creer en aparecidos ni en historias de ultratumba, amigo mío —confesó con un gruñido el representante de la Ley—. Esa niña era rubia y vestía de color lila, en seda o raso. Ah, y aparentaba tener unos once años, Manning...

Mike Manning palideció, sin pronunciar una palabra. Warren Scott seguía mordiendo la extremidad del lápiz, mirándole sardónico. Laskey estaba examinando las manchas oscuras de sangre y la silueta con tiza en el suelo, allí donde hallaran el cadáver de McDuff.

El joven periodista no parecía capaz siquiera de comentar algo. Era como si hubiera recibido un espantoso mazazo imprevisible.

* * *

El cementerio aparecía desierto y tranquilo, como siempre están los cementerios. La mañana era nubosa y triste, pero no nevaba ni hacía viento. Sólo un leve soplo de aire frío y seco, a intervalos, agitaba el césped cubierto de nieve en algunos puntos y las ramas de los cercanos abetos.

Mike Manning caminó lentamente por entre lápidas y cruces. Pasó cerca de la tumba de David Hill, el buhonero, pero la dejó atrás. También la de Olivia Caine. Siguió un sendero bordeado de blancas y pequeñas lápidas, hasta detenerse en una concreta.

Leyó el nombre grabado en la piedra:

VIOLET SHELDON
6 de septiembre de 1935

Sólo eso: un nombre y una fecha.

Y encima de la lápida, un ramillete de violetas sujeto con un cordel a una argolla de la piedra, para que el viento no se lo llevase.

Mike contempló largamente aquel detalle. Luego recorrió con la mirada el cementerio vacío, silencioso, desolado. Las flores eran frescas. No llevaban muchas horas allí. No vio a nadie que pudiera haberlas puesto. Quienquiera que fuese su portador, ya no estaba allí.

Dio unos pasos calmosos en torno a la lápida. No sabía que hacer ni qué pensar. Pero sabía que él no era el único que visitaba la tumba de Violet Sheldon. Claro que podía haber muchas personas en Whitefield que la visitaran. Todas las que habían amado a aquella infortunada niña.

¿Quién, de entre todas ellas, le llevaba un ramillete de violetas frescas a su tumba? Se alejó pensando en ello, hasta dejar atrás la lápida blanca. De pronto, alzó la mirada.

El empleado del cementerio venía caminando por el sendero con unas herramientas para su fúnebre tarea sobre el hombro y silbando jovialmente una tonada que reconoció Mike borrosamente como «Sonny boy», de Al Jolson. Se abrigaba con un llamativo chaquetón de lana a cuadros, más adecuado para los bosques del Oregon que para la campiña de New Hampshire. Pero sin duda era una nota de color en la monotonía triste de su lugar de trabajo.

Manning se detuvo junto a él y le saludó. El hombre le miró inquisitivamente, por encima de su roja y abultada nariz, sonriendo de modo amplio y cordial.

—Buenos días —saludó Manning, jovial su tono.

—Hola, señor—respondió el sepulturero—. Usted es el periodista del Weekly ¿no es cierto?

—Muy cierto, sí—asintió Mike risueño—. ¿A empezar la tarea?

—Sí, como cada día. Hoy no hay entierro ninguno, pero siempre hay algo que hacer para mantener limpio y cuidado todo eso —extrajo de un bolsillo

de su chaquetón un frasco-petaca de whisky y ofreció a Mike, que negó con la cabeza. El destapó el recipiente y se echó al coleto un largo trago de alcohol que pareció reconfortarle. Lanzó un suspiro profundo de complacencia y guardó de nuevo su frasco en el chaquetón—. Amigo, con este frío hay que entrar en calor para sentirse bien... ¿Ha venido a visitar a algún ser querido o un amigo?

—Nada de ello. Quise ver la tumba de una niña muerta hace poco más de un año.

—Oh, recuerdo bien —asintió él—. ¿Violet Sheldon, quizás?

—Sí, ella es. Por cierto, vi un ramillete de violetas en su lápida.

—¿Ya? —se sorprendió el hombre, enarcando las cejas. Meneó la cabeza de un lado a otro antes de añadir—: Ayer quité otro ramillete ya seco. Esa personita es de lo más fiel que jamás vi, al recuerdo de una persona querida. Seguro que madrugó mucho para traer esas violetas hoy...

—¿Personita? —Indagó Mike—. ¿Usted sabe quién es?

—Claro —rió el hombre—. La he visto alguna que otra vez, aunque nunca quiso detenerse a hablar conmigo y escapó asustada cuando quise abordarla. Es una amiguita de la difunta Violet, la hija de los King.

—¿Maisie King?

—Sí, la misma. Evidentemente, es quien más recuerda a su amiga. Nunca le falta ese ramo de lilas.

—¿A Violet le gustaban las lilas?

—Sí, eso parece. Todo en ella giraba en torno a ese color, al parecer. Vestía siempre de lila, se llamaba Violet... y le gustaban las lilas. Raro, ¿eh?

—Sí, mucho. También iba amortajada de color lila, ¿verdad?

—La verdad, no lo sé. No se abrió el féretro en el cementerio. Creo que lo hicieron antes, en su propia casa, pero no aquí, aunque su nurse lloró y se desmayó, suplicando verla por última vez. La señora Sheldon no juzgó oportuno que su hija fuese exhibida de nuevo en pleno funeral, y creo que hizo bien.

—Sí, sin duda —admitió Mike, distraído—. Bien, amigo, gracias por el informe. Y que vaya bien el trabajo.

—Gracias, señor —sonrió el sepulturero, disponiéndose a reemprender la marcha—. Lo bueno de esta tarea, es que los que habitan en mi lugar de trabajo nunca molestan, se lo aseguro...

Rió su propio sentido del humor y se alejó, silbando de nuevo «Sonny Boy» entre dientes. Mike Manning se frotó las mandíbulas, pensativo, y reanudó su marcha de regreso a Whitefield.

Ahora ya sabía quién llevaba lilas a la niña muerta. Maisie King seguía siendo una amiga fiel. Incluso demasiado fiel, puesto que habían transcurrido casi catorce meses desde su muerte y, según todas las apariencias, nunca faltaban allí lilas frescas para la difunta.

Era un detalle conmovedor y tierno. Pero sin saber la razón, Mike se estremeció al pensar si podría haber en él un algo morboso e inquietante que

era difícil de concretar.

* * *

—No sabía que fueses un fiel creyente, Mike —fue el comentario burlón de Karin Mason.

Manning la miró de soslayo, mientras conducía el sedán azul sobre la carretera helada, en dirección a la capilla del reverendo Jonás Wayne Meneó la cabeza con un asomo de sonrisa.

—Por desgracia, sigo sin serlo—fue su respuesta—. Falto los domingos a los oficios religiosos y vivo apartado de las prácticas cristianas habituales. Pero por esta vez, creo que debo recordar al Señor y visitar Su casa

—Algo te traerás entre manos, seguro. Y me has pedido ayuda para que el reverendo te reciba con menos dificultades.

—Eres muy lista, Karin —rió Mike meneando la cabeza—. ¿Tan poca fe tienes en mí como feligrés?

—Ninguna. Que yo sepa, sólo has estado en tres o cuatro ocasiones en los oficios dominicales a lo largo de un año, y siempre cuando hubo alguna noticia social que llevar a las páginas del Weekly. A mí no vas a engañarme con tus truquitos.

—Ni lo pretendo —dirigió una ojeada a la capilla, que aparecía va tras los montículos nevados y los bosquecillos de abetos—. Creo que llegamos en buena hora. El reverendo está limpiando de nieve la entrada de su capilla...

Jonás Wayne giró la cabeza hacia el vehículo cuando éste se detuvo ante el edificio aislado en la nieve. Sonrió cordialmente al reconocer a Karin, pero su gesto ya no fue tan acogedor cuando descubrió tras ella a Mike Manning.

—¿A qué debo el honor de su visita, señorita Mason? —saludó jovial, dejando el rastrillo y la pala con los que limpiaba laboriosamente el acceso a su capilla, para ir al encuentro de los visitantes.

—Verá, reverendo. Asuntos profesionales de nuestro semanario —sonrió la joven, poniendo pie en tierra. Luego, señaló a su acompañante—. ¿Conoce al señor Manning, nuestro redactor de noticias locales?

—Un poco —admitió secamente el sacerdote, dirigiéndole un saludo con la cabeza—. Pero no recuerdo haberle visto mucho por aquí...

—No, no mucho, reverendo —suspiró Mike con modoso aspecto—. Tengo bastante olvidados los asuntos del espíritu, si es eso a lo que se refiere. La verdad es que nunca me queda tiempo para ocuparme demasiado de ellos.

—Siempre hay tiempo para dedicarlo al Señor —observó con acidez el reverendo Wayne—. Recordemos que uno puede morir antes de despenar, y conviene estar en paz con Dios en ese momento, señor Manning.

—Lo tendré en cuenta, reverendo, para el futuro —admitió Mike—. No me gustaría eso de morir antes de despertar.

—Pasen, por favor —invitó el religioso cambiando de tono—. Estaba adecentando esto un poco. Mañana se casan los Torley y no me gustaría que

ninguno de ellos celebrase la luna de miel en el hospital, con los huesos rotos. La nieve, cuando se endurece, se pone imposible.

Pasaron al interior de la iglesia baptista para tomar un corredor lateral y dirigirse directamente a una estancia sobriamente amueblada, en la que el reverendo Wayne acomodó a sus visitantes. En la estufa ardía un fuego confortante, que expandía su grato calor por toda la habitación.

—¿Toman ustedes algo? ¿Café, algún licor...? —ofreció—. No poseo mucha variedad, pero habrá algo de brandy o de bourbon por ahí...

—No, gracias. Café bastará, reverendo —aceptó Karin con una sonrisa.'

—Sí, me apunto también al café —corroboró Mike—. Es muy pronto para empezar con otras cosas más fuertes.

El reverendo sirvió tres tazas de infusión caliente y se sentó con ellos, mirándoles con interés no disimulado. Su tono se hizo más grave.

—Bien. Ustedes dirán a qué debo el motivo de su visita, puesto que no se debe a posibles intenciones matrimoniales.

—¿Matrimoniales? —Karin pareció sorprendida, luego rió, sin poder evitar que sus mejillas se enrojecieran, y negó con la cabeza—. Oh, no, claro que no. Ya le dije que era una cuestión periodística. Pero no soy yo quien ha de formularle algunas preguntas, reverendo, sino el señor Manning, mi compañero de redacción.

—Entiendo —los fríos ojos de Jonás Wayne se fijaron en Mike, y realmente sí parecían entender el motivo de la presencia de Karin en su capilla como simple introductora de un visitante poco grato—. Bien, señor Manning, le escucho. ¿En qué puedo servirle?

—Reverendo, imagino que no habrá olvidado aún la muerte de la niña Violet Sheldon.

—¿La pequeña Violet? —Meneó lentamente la cabeza—. ¿Cómo olvidarla? Era una criatura encantadora. Además, en estas fechas he tenido ocasión de recordarla. La coincidencia de su modo de morir con el de esas víctimas del asesino loco...

—¿Loco? —Indagó vivamente Mike—. ¿Cree que, realmente, se Trata de un loco?

—¿De quién, si no? —Enarcó las cejas el religioso—. ¿Puede alguna persona en su normal estado mental cometer semejantes atrocidades, señor Manning?

—Eso nunca se sabe —suspiró Mike—. Hablemos ahora de Violet Sheldon si no le importa, reverendo.

—Claro que no me importa. ¿Pero qué interés puede tener para su periódico la muerte de esa niña a estas alturas?

—Entre otras cosas, la circunstancia bastante rara de que tres personas que la dañaron de un modo u otro hayan muerto violentamente, como ella misma murió.

—¿Tres personas? —el reverendo le miró, perplejo—. ¿Quiere decir que también Gordon McDuff, ese triste haragán asesinado anoche, causó algún

mal a la niña?

—Tal vez el que más, junto con la señorita Caine. Según Maisie King, trató de desnudar y besar y acariciar a Violet.

—Dios mío...—el reverendo se estremeció, entornando los ojos—. Después de todo, no me sorprende. Era un ser desagradable. Espero que el Señor le haya perdonado.

—Pero tal vez alguien no le perdonó nunca lo que intentó con Violet. Anoche le mataron con unas tijeras. Del mismo modo que murió Violet Sheldon.

—Sí, ya sé esa circunstancia. ¿Cree que estas cosas se relacionan entre sí?

—Estoy seguro de ello.

—¿En qué sentido?

—Es lo que no sé a ciencia cierta. Por eso quiero hablarle de algo, reverendo. Algo que tal vez le sorprenda, pero que necesito saber de una vez por todas.

—Adelante, pregunte. Si puedo ayudarle en ello...

—Tal vez sí. —Mike miró al fondo de su taza de café, como si allí hubiese la respuesta de un misterioso oráculo, mientras formulaba su pregunta—. ¿Violet Sheldon estaba en su ataúd cuando fue conducida al cementerio?

El reverendo casi pegó un respingo. Se irguió, mirando con estupor a Mike, y mostró su asombro cambiando una mirada con Karin Mason. La muchacha, aunque tan sorprendida como él, se limitó a arquear sus finas cejas bajo el sombrerito de moda que cubría sus ondulados cabellos.

—¿Cómo?—tartajeó Jonás Wayne—. ¿Qué... qué quiere decir con eso?

—En otras palabras, reverendo —habló apaciblemente Mike, dejando su taza en la mesa—. ¿Usted vio el cadáver de la niña durante el funeral en la capilla, previo al entierro?

—Sí —afirmó él, rotundo—. Quisieron ver por última vez a la niña. Recuerdo que se alzó la tapa del féretro y su madre, Stella Sheldon, la señora Hoffer, su vecina, y la nurse Bessie Horne, se inclinaron sollozando sobre el cuerpo de la niña. Desde mi emplazamiento en el centro de la capilla, pude ver bien a la infortunada criatura Parecía dormir, pálida y serena, con su cuellecito hábilmente cubierto con un pañuelo que hacia juego con el color de su vestido para no descubrir las horribles heridas producidas por las tijeras.

—¿Un pañuelo lila, por tanto?

—Sí, eso es. Un color violeta pálido, como su vestido. Era la imagen misma de la paz y el reposo.

—¿Podría recordar qué calzado pusieron al cadáver, reverendo?

—Espere que lo intente...—arrugó el ceño, mirando con incertidumbre a quien tan extrañas preguntas le hacía—. Sí, ahora creo recordarlo bien. Unos zapatitos de charol negro, con calcetines blancos...

—Ya —Mike tragó saliva, cambiando una rápida mirada con Karin—. Gracias, reverendo. Creo que ha contestado a todas mis preguntas.

—¿Puedo preguntarle si todo eso tiene algún interés actualmente?

—Lo tiene, sí. Lo que me gustaría saber es algo que usted no puede responderme, sin duda alguna —meditó Mike en voz alta, mordiéndose el labio inferior—. Reverendo, ¿conoce usted bien a Bessie Horne?

—¿La nurse de los Sheldon? Si, viene bastante por aquí. No falta ningún domingo. Ella sí es una fiel cumplidora con el Señor —hizo observar con una fría mirada.

—¿Se la notó muy afectada por la muerte de la niña?

—¿A Bessie? Más que a nadie. Creo que es la que más sufrió y sigue sufriendo, pese a que Stella Sheldon amara a su hija y que la señora Hoffer sintiera por ella también un cariño especial.

—Creo que es todo lo que quería saber. —Mike sonrió al reverendo—. Gracias por todo. Intentaré venir por aquí los domingos, reverendo.

—Dios lo quiera. Es Él quien se lo pide, no yo, señor Manning.

Se pusieron en pie para salir. De pronto, Mike pensó en algo y dirigió una pregunta casual al religioso:

—¿Hay algún invernadero en esta región que usted conozca, reverendo?

—¿Invernadero?—él mostró de nuevo su perplejidad —Yo mismo tengo uno pequeño para ciertos cultivos. Creo que los Hotter tienen otro. No sé de ninguno más. ¿Por qué lo pregunta?

—Cuando nieva mucho, escasean las lilas. Me preguntaba dónde puede hallar una niña un frecuente ramillete de lilas frescas...

—Yo no cultivo lilas en mi invernadero.

—Entonces, han de ser los Hoffer—meditó en voz alta Mike. Sonrió, estrechando la mano de Jonás Wayne—. Bien, reverendo, gracias por todo una vez más. No le molestare por más tiempo.

—No ha sido molestia —replicó él—. Sobre todo, viniendo la señorita Mason a verme. Karin sabe bien que tanto ella como su padre gozan de todo mi respeto y estimación desde hace años...

—Es muy amable, reverendo —sonrió Karin, ya en la puerta—. Buenos días.

Echaron a andar por la capilla. De súbito, Mike se paró en seco y contemplo a la figura que oraba en silencio en un banco de la iglesia. También la cabeza de esa persona se alzó, clavando en él unos ojos grandes y oscuros.

—Bessie Horne... —susurró Mike, tenso.

—Oh, sí —afirmó el reverendo con tono distraído—. Viene con frecuencia a orar ella sola a cualquier hora. Creo que debe rezar por Violet...

—No solo reza, reverencio —dijo sordamente Mike—. Escuche su voz, ese murmullo. Está comando una nana... Bessie, escuche un momento.

Fue hacia ella. Cometió un error.

La mujer de color pegó un salto, echando a correr a toda prisa en dirección a la salida. Derribó dos bancos en su carrera. Mike corrió tras ella.

Alcanzó la puerta, saliendo a la nieve. La carrera de la mujer negra era veloz y ágil. Su cuerpo se movía con celeridad. Pero Mike, aun en un terreno

resbaladizo, podía correr también mucho, con sus largas piernas y sus firmes músculos.

La alcanzó a cosa de treinta yardas de la capilla, logrando aferraría por ambos brazos, cuando la negra iba a caer tras un resbalón en el duro hielo La sujetó contra un abeto y ella le miró aterrorizada, con sus saltones ojos muy abiertos.

—¡Suélteme! —chilló—. ¡Suélteme, señor, no me haga daño! ¡No quiero morir como mi pequeña niña Violet!

—¿Quién va a mataría, Bessie?—preguntó dulcemente Mike.

—Usted —dijo ella, aterrada, mirándote—. Usted me matará... como mató a los demás.

Karin Mason y el reverendo Wayne miraron a Mike Manning con expresión*de inmenso asombro al oír las palabras de la negra.

CAPITULO VI

—Es una grave acusación, Manning. Podría arrestarle por ella.

Mike miró incómodo al sheriff Laskey. Se preguntó si bromeaba o hablaba en serio.

—¿Se ha vuelto Joco?—refunfuñó el joven periodista—. Sabe que yo no he matado a nadie, Laskey

—Yo no sé nada —rió el representante de la Ley—. Tengo dos testigos que afirman lo que le dijo esa mujer. Y ella misma acaba de repetirlo ahora aquí.

Mike desvió su mirada hacia la amedrentada Bessie Horne, que permanecía acurrucada en el despacho de Robin Laskey, mirando a todos con terror. Meneó el joven su cabeza, irritado.

—Yo mismo se le dije al traerla. Me gustaría que le preguntaran por qué cree eso de mí, simplemente.

—Como verá, va lo he hecho varias veces —resopló Laskey—. Esta pobre mujer está atemorizada y no razona demasiado bien. No contesta, se limita a mirarnos con esa expresión suya de perro apaleado, y no coordina demasiado sus ideas. ¿Qué espera que haga con ella? Ya no existe la Inquisición. Manning. Creo que no hacía falta traerla aquí. Bessie Horne es un pobre diablo que no puede ayudarnos en nada.

—Yo, sin embargo, estoy seguro de que sabe algo...

—¿Qué, exactamente?

—No lo sé, sheriff. Si llegase a saberlo alguna vez, creo que tendría la clave de todo este endiablado asunto. Pero ella sabe algo... alzo relacionado con Violet, con esos asesinatos... Algo que se nos escapa a todos.

—Pues sonsáquela, si es que puede —refunfuñó Laskey, sentándose en su mesa y poniendo sus largas piernas sobre esta, sin ninguna ceremonia—. Estoy harto de preguntarle cosas y que no conteste o lo haga de un modo incoherente.

Mike no dijo nada. Permaneció en silencio, mirando a la negra y al sheriff, de un modo alternativo. De repente, empezó a salir de los gruesos labios de la mujer de color un murmullo indescifrable.

Laskey giró la cabeza, asombrado. Mike también. La miraron.

El murmullo adquirió coherencia. Ambos empezaron a entender las palabras.

Estaba cantando en voz baja. Cantando una nana.

La letra de la nana, repentinamente, era audible. Tomaba sentido:

> *«Duerme, duerme, pequeña Violet.*
>
> *Duerme, duerme, mi amor; tus sueños rosados, niña, son sueños del corazón.*
>
> *Duerme, duerme, mi pequeña, duerme, Violet, en dulce paz.*

Duerme y sueña, criatura, sin que le roce la crueldad.
Duerme, duerme, duerme feliz.
Duerme y sueña hasta morir...»

Laskey y Manning se miraron, perplejos. La negra sonreía, la mirada perdida en el vacío, como si estuviese meciendo una cuna y adormilando a una niña. Para ella, ya ni siquiera existían ellos dos.

—Por todos los diablos, ¿qué es eso? —gruñó Laskey.

—Una nana —suspiró Mike—. Una nana por Violet Sheldon.

—Esa niña tenía once años al morir —rezongó el sheriff—. Ya no se cantan nanas a esas edades a los niños, Manning.

—Exacto. —Mike le miró sorprendido—. Usted lo ha dicho, Laskey. Había algo que me intrigaba en esa nana y no sabía lo que era. Acaba usted de dar en el clavo.

—¿En qué clavo? —se irritó Robin Laskey, bajando sus pies de la mesa.

—En el hecho de que Bessie cantara una nana a una niña de once años que, además, según sabemos, era lista y vivaz. ¿Por qué lo hacía?

—Tal vez la niña nunca creció para ella,

—O, realmente, nunca creció del todo —apuntó Mike—. Violet podía ser inteligente, vivaracha... pero no haber crecido mentalmente lo preciso. Necesitaba oír la nana a su nurse, para dormir por las noches.

—¿Qué diablos de importancia puede tener eso? —se enfureció Laskey.

—No lo sé. Es un dato más que sirve para desorientar, para que uno se pregunte qué ocurre realmente aquí... y qué ocurrió entonces. ¿Por qué una niña despierta y lista como Violet Sheldon tenía alguna razón para ser mentalmente una niña de cuatro o cinco años?

—Creo que el saber eso no va a ayudamos a resolver el asunto de esos crímenes, Manning.

—Nunca se sabe, sheriff. Tal vez no todo empezó con la muerte de Violet. Tal vez antes...

—No. no. Mi niña no ha muerto. Violet está viva…

Mike enmudeció de súbito. Laskey giró la cabeza y su cuello chirrió como si tuviese bisagras sin engrasar en vez de vértebras. Ambos hombres se quedaron mirando a la negra con silencioso estupor.

Ella había hablado. Había hablado al fin algo coherente aunque absurdo.

—No, Bessie —dijo suavemente Mike—. Violet ha muerto hace más de un año...

—Yo sé que ella no ha muerto —repitió dulcemente la negra, mirándole ahora sin temor, mientras una extraña sonrisa estiraba sus carnosos labios—. Yo sé que ella ha vuelto de entre los muertos para vengarse de los que le hicieron daño...

—Bessie, nadie vuelve después de morir —insistió pacientemente Manning, sin pestañear—. La niña está muerta, hazte a esa idea...

—No está muerta. Vive. Vive otra vez. Ha salido de la tumba. No está en

su ataúd ya. Anda por el mundo, vengándose de los perversos y de los corrompidos... Yo... yo la he visto, me ha sonreído... Mi niña Violet me ha sonreído...

Un escalofrío recorrió la espina dorsal de Mike Manning. Cambió una mirada rápida con Robin Laskey, que parecía al borde del infarto. La negra se ponía lentamente en pie, como iluminada, mirando al vacío, tal vez a la calle nevada y casi sin gente. Como en trance, estática, distante.

—¿Cuándo, Bessie, cuándo? —Fue la ronca pregunta de Mike—. ¿Cuándo te ha sonreído Violet por última vez?

Laskey miró con estupor al periodista. Pero este no le hacía caso. Estaba sólo pendiente de la negra. Ella le había escuchado. Y volvía la cabeza, le miraba ahora a él, directamente, con aquella sonrisa suya, entrañable y amorosa, igual que si tuviera delante de ella a

Violet en persona...

—Anoche... —susurró—. Anoche, después de matar al gordo hombre libidinoso y sucio... Anoche, ella, mi niña Violet, me sonrió..

Y caminó hacia la puerta, estática. Laskey hizo acción de detenerla en su marcha. Mike le tomó del brazo y le frenó sin palabras, enérgicamente. Dejaron salir a la negra de la oficina del sheriff. Se alejó por la calle, cantando su nana entre dientes, con expresión feliz. Dobló la esquina del edificio.

Mike, rápido, hizo un gesto a Laskey. Salieron ambos en pos de ella, tras tomar el sheriff su sombrero con brusquedad. Caminaron a prudencial distancia de la negra. Mike habló con un estremecimiento de emoción y de nerviosismo:

—Mire, Laskey —susurró—. Está siguiendo el mismo camino que, según el testigo, siguió anoche la niña vestida de color lila...

Laskey tragó saliva y asintió en silencio, con aire de perplejidad. La marcha continuó a lo largo de varias calles, siempre a una distancia discreta. La negra no se volvió en ningún momento. Era como si recorriese un camino que se conocía bien.

Se detuvo un momento ante el edificio del hospital local, luego lo rodeó y siguió adelante, en dirección a las afueras de Whitefield.

—Dios mío... —jadeó roncamente Laskey—. Juraría que va camino de... del..

—¿Del cementerio? —completó Manning. Luego asintió—. Sí, estoy seguro de que ése es el camino que sigue.

En efecto. Cosa de diez minutos más tarde, Bessie cruzaba la cerca del cementerio y caía de rodillas ante una tumba con una pequeña lápida blanca y un ramillete de lilas frescas.

Mike Manning y el sheriff Laskey se miraron.

—¿Y ahora qué hacemos? —jadeó el hombre de la Ley.

—Nada. Volver a la ciudad. Creo que sólo queda una cosa por hacer.

—¿Cuál? —indagó Laskey, desorientado.

La mirada pensativa de Mike Manning se fijó en unos vehículos cuya

brillante carrocería, pintada de amarillo, mostraban un nombre en letras rojas:

WESTERN CIRCUS

Estaban llegando en caravana a un amplio descampado situado a alguna distancia del cementerio, junio a las últimas casas de Whitefield. Sin duda iban a montar allí su espectáculo ambulante, bajo la carpa multicolor.

—¿Y bien, Manning? —Insistió el sheriff—. ¿Qué nos queda por hacer ahora?

Mike desvió su mirada de los coches circenses, para mirar con gravedad a su interlocutor. Le respondió escueto, frío:

—Pedir la exhumación de los restos de Violet Sheldon.

* * *

—¿Exhumación?

—Sí, juez Jacobs. Eso es lo que hemos solicitado.

—¿Exhumar los restos de Violet Sheldon? —insistió el juez Earl Jacobs.

—En efecto —confirmó el sheriff Laskey.

Los ojos del juez se dirigieron añora a Stella y Gary

Sheldon, presentes eh la escena. Ambos parecían dos heladas máscaras color mahonesa.

—Bien, ya han oído ustedes —dijo apaciblemente el juez—. Piden un mandamiento judicial en toda regla para abrir la tumba de su hija, señora Sheldon, y comprobar si ella está sepultada allí. ¿Qué tienen que decir a eso? No quise dar mi respuesta sin consultar antes con ustedes dos.

—Señor juez, es la petición más monstruosa que oí jamás —silabeó Stella Sheldon.

—¡Una burda patraña para vender más periódicos el señor Manning! —aulló Gary, su sobrino.

Mike le miró fríamente. La mano recia del padre de Karin. Abbe Mason, presente también en la reunión que tenía lugar en el despacho del juez, se apoyó en su hombro, como internando calmarle si se excitaba. Pero Manning mantenía su serenidad.

—Mi semanario no se mezcla en este asunto por egoísmo ni interés monetario —dijo con arrogancia Abbe Mason, la mirada fija en los Sheldon —. Estoy dispuesto a hacer una edición totalmente gratuita con los resultados que dé esa exhumación.

Stella Sheldon le miró con ojos helados. Sus labios apenas se movieron al responder:

—No habrá nunca exhumación. No lo permito.

—Señora Sheldon, sólo usted puede autorizarla, si lo cree conveniente —dijo el orondo juez Jacobs, apaciblemente cruzados sus dedos sobre el abultado abdomen—. Yo sólo podría tomar una decisión si hubiera motivos concretos para ese procedimiento. Pero el señor Laskey y el señor Manning

no me han ofrecido evidencia legal alguna que exija una exhumación contra la voluntad paterna.

—Ya ha oído a mi tía, señor juez —corroboró Gary Sheldon, belicoso—. No nos prestaremos a este sucio juego. Nadie va a manipular los restos de mi querida prima sólo para vender más periódicos o para hacerse una publicidad gratuita a su costa.

—Escuche, jovencito... —tronó Abbe Mason, estrujando sus puños con rabia—. Nosotros sólo pretendemos que...

—Señor Mason, no se hable más del asunto —se puso en pie, arrogante, Stella Sheldon—. Mi decisión es negativa. No habrá exhumación. Dejen descansar en paz a mi hija. Es lo único que les pido a todos. Por favor.

Lo dijo clavando sus ojos en Abbe Mason. Había patetismo en aquella mirada de mujer, de madre dolorida. El padre de Karin pareció ablandarse. Cedió, inclinando su cabeza con lentitud.

—Está bien —dijo—. Personalmente, en nombre del Weekly, retiro mi solicitud de exhumación. No se hable más del asunto.

Mike estuvo a punto de decir algo, pero no lo dijo. El sheriff Laskey se mostró irritado:

—Existe mi petición formal también, señores. La Ley solicita esa exhumación.

—Petición denegada —decidió el juez, poniéndose en pie con movimientos pesados—. Es mi última palabra, sheriff.

—Está bien —Laskey tomó su sombrero, empezando a darle vueltas entre las manos, tal vez para dominar su ira. Luego miró a los Sheldon, que abandonaban la oficina—. Parece que tuvieran algún interés en que las cosas no se aclaren, señores.

Stella se volvió un instante. Le miró fríamente.

—Sólo hay una cosa que me afecte y que está bien clara, sheriff —dijo ella con arrogancia—. Mi hija lleva muerta más de un año. ¿Por qué sacarla ahora de su tumba? Los muertos no ponen nada en claro. Para eso están los vivos.

Salió dignamente, mientras Gary fulminaba a Manning y los demás con una mirada entre triunfante y furiosa. Mike estuvo seguro de que, si hubiera podido llevar su escopeta a la ciudad, hubiese terminado a tiros hasta con el juez Jacobs.

—Lo siento, señores —decía éste ahora, estrechando las manos de Abbe Mason, de Laskey y del propio Manning—. En justicia, no puedo obrar de otro modo.

—Lo comprendo, señor juez —admitió Laskey de mala gana—. Después de todo, ¿quién podría tomarse en serio una historia de vampiros en nuestro tiempo?

—¿Pero creen, realmente, que una criatura muerta pueda salir de su tumba para vengarse de quienes le causaron daño? —comentó el juez, perplejo.

—Por ahora, todo señala en esa dirección —sostuvo con gravedad Manning—. Sé que resulta inverosímil, pero no veo otra explicación.

Tenemos un testigo, tenemos la actitud de Bessie Horne, sus palabras de esta mañana, dichas en presencia del sheriff...

—Pero Bessie no está bien de la cabeza —objetó el juez, dubitativo.

—¿Ve usted otra explicación plausible al caso? —indagó Abbe Mason de pronto.

El juez miró al propietario del Weekly Star con aire abstraído. Meneó la cabeza.

—Supongo que hay otra versión más real y lógica —opinó.

—¿Cuál, señor? —se interesó Mike Manning.

—La venganza de alguien que amara mucho a la niña y la consideró víctima de esas personas. Entonces pudo asesinarlas en memoria suya. Sabemos que mucha gente en Whitefield quiso a Violet Sheldon en demasía. Tal vez una mente desequilibrada, fluida por ese amor enfermizo...

—He pensado en esa posibilidad muchas veces —suspiró el periodista—, Pero, ¿qué papel representa en todo ello una autentica niña vestida de lila en plena noche, cerca de donde murió una de las víctimas... y una mujer que sigue exactamente el camino que esa noche siguió la niña, hasta ir a parar al cementerio?

El juez se encogió de hombros. Confesó, tras un silencio:

—Eso, señores, no lo sé. Es tarea del sheriff averiguarlo, imagino. Pero no vuelvan a mí con demandas exhumación injustificadas. Sólo permitiré que ese cadáver salga a la luz nuevamente cuando existan pruebas de peso que lo justifiquen, señores. Ahora, buenas tardes a todos. Tengo trabajo en el juzgado...

Salieron de la oficina en silencio. Formaron un corro en la calle. Karin Mason cruzaba la calzada en esos momentos hacia ellos. Al ver sus gestos, entendió.

—¿No hubo éxito? —indagó.

—No, hija —denegó su padre, sombrío—. El juez no quiso autorizarnos. Los Sheldon se opusieron rotundamente.

—Lo imaginaba —Karin cambió una mirada con Manning—. Mike, hice lo que me has pedido.

—¿Y bien...?

—Los Hoffer advirtieron ya en ocasiones la ausencia de lilas de su invernadero. Son una clase especial, cultivada por Alvin Hoffer, pero por fortuna no demasiado costosas. Hay un roto en una vidriera del invernadero. Pero sólo un niño podría pasar por allí.

—¿Maisie King?

—Es posible. Los Hoffer recuerdan que a veces iba allí a jugar con Violet. Ella se conoce bien la granja.

—Un momento —terció Laskey arrugando el ceño al escuchar su conversación—. ¿Qué otro lío se trae usted con la niña de los King, Manning?

—Investigaba el origen de unas simples lilas —sonrió Mike ingenuamente —. En esta región, no siempre hay lilas durante el año. Eso era todo.

—Empiezo a estar harto de oír hablar de niñas —rezongó el sheriff abruptamente.

—¿Cree que también Maisie King está en esta zarabanda de locos?

—De momento, sólo en cierto modo —suspiró Mike, pensativo—. Lo que creo es que los niños ven y sienten muchas cosas con más facilidad que nosotros. Para ella, su amiguita es un recuerdo vivo, perenne. No olvida nunca llevarle lilas frescas, estén donde estén. Sabemos que eran sus flores favoritas.

—Bueno, ¿y qué importancia puede tener eso en el asunto?

—No lo sé aún. Hay muchas cosas que no sé todavía, sheriff. Pero insisto en que sólo se aclararían un poco más si se pudiese hacer algo que no nos está permitido.

—¿Exhumar el cadáver de Violet Sheldon?

—Eso es.

—No sé a qué viene hablar de eso ahora —mascullló Laskey—. Ya sabe la decisión final. Jacobs es un tipo amable pero obstinado. No se volverá atrás por nada del mundo. De modo que no habrá exhumación.

Manning no dijo nada. Sus ojos brillaron de repente con una luz extraña. Karin lo observó. Su mano se apoyó en el brazo de su compañero de aficiones periodísticas.

—No me digas lo que estás pensando —musitó, sin que nadie pudiera oírla—. Pero si piensas lo que yo imagino... cuenta conmigo, Mike.

—Gracias, Karin —la miró, sorprendido—. ¿Te atreverás?

—Todo sea por la noticia —dijo ella resignadamente. Mike se limitó a oprimir su mano con calor. Abbe

Mason y el sheriff les miraron con aire de no entender una palabra. Ni ellos pensaron en aclarar su ignorancia.

Pero aquella noche, a las diez, estaban los dos en el cementerio, junto al sepulturero, abriendo la fosa de Violet Sheldon.

CAPITULO VII

Estaba ebrio como una cuba.

Dos frascos de buen bourbon y un billete de veinte dólares habían hecho el prodigio. Lo cierto es que por dos frascos de buen whisky y por un billete así, el sepulturero de Whitefield hubiera sido capaz de desenterrar a su propia bisabuela, de haber estado sepultada allí.

Mike Manning y Karin Mason eran mudos testigos de la rutinaria tarea del hombre, enfrascado ahora en su labor de quitar la lápida blanca para empezar a remover la tierra que cubría el ataúd de Violet Sheldon. Una discreta luz de petróleo, con pantalla ahumada, servía de única claridad a la inquietante escena. La mano de Karin, pese a todo el valor de la muchacha, se apretaba con fuerza en el tenso brazo de su compañero.

Palada a palada, la tierra fue depositándose junto a la fosa, y poco a poco se ahondó en ésta. Estando ebrio, el empicado del cementerio era mucho más activo que sin una gota en el cuerpo. Un tercer frasco esperaba en el bolsillo de Mike a que terminase el individuo su tarea, como recompensa final. No se lo daba aún, porque eso hubiese arruinado el plan. Si el buen hombre se tomaba un trago más, seria él quien se tumbaría en la fosa a dormir tan profundamente como los mismos muertos.

—Esto ya está —le oyeron rezongar jovialmente, cuando su pala golpeó algo sólido que emitió un sordo chasquido en la penumbra lúgubre del cementerio.

Karin se estremeció. Mike notó ese estremecimiento, como una leve descarga desde la epidermis de la muchacha a la suya propia. La serenó en voz baja:

—Valor, Karin —dijo—. Ahora viene lo peor. ¿Seguro que aguantarás?

—Claro —dijo ella apagadamente—. ¿Qué te crees?

—Buena chica —aprobó él—. Si algún día podemos publicar esto sin ir a la cárcel, te describiré tal como eres: valiente, decidida y magnífica, Karin.

—Deja de darme aliento —rió ella roncamente—. No lo necesito.

Sus ojos estaban fijos en la fosa. Las últimas paladas de tierra cayeron a un lado. El sepulturero, satisfecho, limpió de sudor su rojo rostro.

—Ahí lo tienen —dijo—. Yo prefiero no meterme en el asunto. Bastará que aflojen esos tornillos laterales para que la tapa se abra. Es un buen féretro. Ha resistido la humedad durante más de un año...

Era cierto. La tapa del ataúd se mostraba sólida y entera, sólo con manchas de moho y tierra adherida. Ni una grieta, ni una astilla. Mike respiró hondo. Ahora era su turno.

—Gracias, amigo —murmuró roncamente—. Allá voy.

Saltó al fondo de la fosa. Karin extrajo de su bolso una cámara con flash de bombilla. Miró a la distancia, a las luces que marcaban el lugar donde se estaba levantando el circo. Era el único lugar con muestras de vida en todo lo

que les rodeaba. Y estaba a algo más de media milla de distancia.

—Ten todo a punto—murmuró Mike, ya junto al féretro—. Aparte el testimonio de este hombre, puede que necesitemos una prueba gráfica de lo que hallemos ahí dentro.

—La tendremos, no lo dudes —su pulso no tembló al preparar el flash y la cámara a punto de disparo—. Adelante, Mike.

Los dedos ateridos de Manning accionaron los tornillos de la caja. Al principio resultó dificultoso por la humedad. Había llevado aceite lubricante y una llave inglesa. Tuvo que recurrir a todo ello. Con un leve chirrido de metal oxidado, cedieron al fin. En el cementerio, el silencio era escalofriante. La luz de petróleo proyectaba sombras inquietantes en derredor.

Pero Mike sólo tenía atención para el féretro que acababa de abrir. Bastaría ahora levantar la tapa y ver su contenido para salir de dudas. Era una exhumación ilegal y, por tanto, un grave delito si el juez Jacobs llegaba a descubrirlo. Pero no les habían dejado otra salida posible.

—Ahora —musitó Mike—. Voy a alzar la tapa, Karin. Estáte atenta.

—Ya lo estoy —respondió ella con tensos nervios.

Mike alargó la mano. Aterró la tapa, que comenzó a alzar. El crujido de la madera puso una nota tétrica en el recinto de los muertos. El sepulturero, indiferente, se sentaba en la tierra removida, mirando con pesar los dos cascos de bourbon vacíos. Sin duda necesitaba otro trago ahora.

—¡Ya! —sonó la voz de Mike.

Y levantó la tapa del todo.

Esta cedió con un último y más fuerte chasquido. El interior del féretro, tapizado de color lila intenso, quedó al descubierto súbitamente. Centelleó el flash eléctrico de Karin.

Un pito ronco escapó de labios de ella. Se quedó rígida, inmóvil. Hubiera sido incapaz de repetir la fotografía. Mike, aturdido, pálido, miraba al interior del féretro.

Hasta el sepulturero, asombrado, contemplaba aquella caja recién descubierta.

—Que el diablo me lleve...— barbotó.

Y cayó de bruces, derrumbándose dentro del ataúd, donde se quedó inmóvil, resoplando como un cerdo. El asombro, el miedo y el alcohol le habían vencido.

Tenía sitio suficiente en el ataúd... porque éste, al ser abierto, estaba totalmente vacío.

* * *

Vacío.

Sin el menor rastro de cadáver alguno. Violet Sheldon no estaba en su tumba.

Bessie Horne, su nurse, había tenido razón. Ella no estaba en el ataúd, no

estaba entre los muertos.

—Dios mío, Mike... —murmuró al fin Karin, sintiéndose repentinamente con las rodillas flojas y la cabeza dando vueltas—. No está...

—No. No está —dijo sordamente Manning—. Lo suponía. Estuve seguro de ello en todo momento, Karin.

—Pero entonces... ¿dónde... dónde está?

Mike contempló al semidesvanecido sepulturero, tendido cuan largo era en el ataúd y meneó la cabeza.

—No lo sé —confesó—. No sé nada de nada, Karin. Es un asunto de locos...

De repente, las luces eléctricas cayeron sobre ellos como torrentes de claridad. Bailotearon las linternas en la negra noche, bañándoles en blanca luz. Mike soltó una imprecación y Karin se volvió, sobresaltada.

—Bien, amigos —sonó la voz poco amistosa del sheriff Laskey, más allá de las luces proyectadas bruscamente sobre ellos—. Creo que van a tener que responder ante el juez Jacobs por un grave delito...

* * *

—Profanación sacrílega, exhumación ilegal... Llámese como quiera, Manning, puede que no escape de ésta con menos de cinco años de cárcel.

Mike miró irritado al sheriff desde detrás de los barrotes de la celda donde estaba encerrado.

—Que el diablo le lleve, Laskey —gruñó—. ¿Qué importancia puede tener ese delito, si ahora sabe que no había nadie en esa tumba? ¿Es que no comprenden la importancia de semejante descubrimiento?

—Lo único que entiendo. Manning, es que Gary Sheldon anda como loco por ahí, jurando que le vaciará una escopeta de perdigones en la cabeza apenas se lo eche a la cara, que Stella Sheldon ha presentado una denuncia por profanación de la tumba de su hija, y que el juez Jacobs le acusa, en nombre del condado, de exhumación clandestina e ilegal, con soborno de un funcionario y la complicidad de una mujer, Karin Mason.

—Váyanse todos al infierno —se enfureció el periodista—. ¿Y la señorita Mason?

—Pudo salir bajo fianza. Su padre pagó los quinientos dólares fijados por el juez. También quiso pagar la suya, Manning, pero el juez no ha decidido aun si le permitirá salir bajo fianza antes del procesamiento.

—No puede negarse. Exijo que venga un abogado de la capital del estado, si es preciso. Por un delito así, no pueden negarme la libertad condicional, Laskey.

—En Whitefield, el juez Jacobs es la justicia —rió Laskey, encogiéndose de hombros—. Y por tanto, sólo él decide. Si quiere, le daré línea con Concord, pero hasta que llegue aquí el abogado y solicite su libertad, pasará un tiempo de todos modos.

—No importa. Déjeme hacer esa llamada.

—Está bien —se encogió nuevamente de hombros, fue a su mesa y tomó el negro teléfono, acercándolo a la reja y pasándolo por ella—. Una sola llamada, recuerde. ¿Conoce a algún abogado en Concord?

—Le conozco, sí, pero primero debo informarme de su número de teléfono.

—Está bien, es ilegal, pero haga dos llamadas. La de información no contará.

—Gracias, Laskey —descolgó el auricular y marcó el número en el dial del pie del aparato portátil—. Es usted un buen hombre, después de todo.

Obtuvo el número de un abogado de la capital, y llamó después. Expuso el caso, y recibió la promesa de que un pasante del abogado llegaría en menos de veinticuatro horas con una petición formal de libertad bajo fianza, amparándose en las leves del estado de New Hampshire. Más tranquilo, colgó, devolviendo el aparato a Laskey.

—Veinticuatro horas —gruñó el sheriff, mirándole—. No está mal. Siempre que consiga algo ese abogado—. Jacobs está muy furioso con usted, Manning.

—¿Por qué? ¿Porque se ha demostrado que yo tenía razón?

—En parte —rió Laskey—. Y porque se enfrentó usted a sus órdenes. No le gusta que le lleven la contraria.

—¿Cómo diablos supo usted que estaríamos exhumando ese féretro?

—Parece que alguien vio luz en el cementerio y telefoneó a mi oficina—dijo con indiferencia Laskey—, No podía hacer otra cosa si quería conservar mi cargo. Manning.

—Claro, lo comprendo —Mike paseó por la celda—. Es raro que alguien estuviera lo bastante cerca del cementerio como para oír o ver algo...

—Eso digo yo. Pero es evidente que quien llamó, tenía toda la razón.

—Sí, de eso no hay duda —meditó Mike, sentándose en el camastro del fondo—. Maldita sea, ¿qué habrá sido del cadáver de Violet Sheldon?

—No sabe usted la que ha armado con eso —el sheriff soltó una carcajada brusca—. Todo el mundo está seguro de que la niña resucitó y anda por ahí con unas tijeras, matando gente... Incluso yo me pregunto si no será así...

Mike no le contestó una sola palabra. Laskey se rascó la cabeza y fue a reunirse con su ayudante, en la oficina exterior del edificio. Mike se quedó solo en su celda. Pero no por mucho tiempo.

—Tiene una visita —refunfuñó al cabo de media hora Laskey, reapareciendo. Se volvió al recién llegado e informó escueto—: Sólo tiene «diez minutos. Es lo autorizado, señor Hoffer.

—Bastará —dijo Alvin Hoffer, el granjero vecino de los Sheldon, entrando en la antesala de las celdas con el rostro mucho más pálido de lo que lo tenía habitualmente.

Laskey se apartó hasta el fondo. Hoffer aproximóse a los barrotes de la celda y miró a Manning. Este se aproximó a él, dominando su sorpresa.

—Señor Hoffer... ¿A qué debo el placer de esta visita?—indagó.

—Verá, señor Manning. No vengo a consolarle, simplemente. Apenas si nos conocemos usted y yo —comenzó Hoffer sin rodeos—. Pero creí necesario verle.

—¿Para qué?

—Se trata de lo que usted descubrió anoche en el cementerio. La tumba vacía...

—No me hable de ello. Puede que me cueste cinco años de cárcel.

—No es sólo que haya una tumba vacía, Manning. Hay mucho más...

—¿Como qué?— Mike le miró fijamente.

El granjero estaba demudado, nervioso. Le explicó tras una vacilación:

—Susan, mi esposa... está enferma. Muy enferma.

—Lo siento de veras. ¿Qué le ocurre?

—La impresión... No logra recuperarse. El doctor Kennedy está alarmado... Dice que es una grave crisis nerviosa...

—¿A causa de lo que vi anoche en el cementerio? Lamentaría ser la causa de...

—No, Manning, no es eso—le cortó Hoffer—. Es ateo peor. Ella y yo... ella y yo vimos anoche... vimos a "Violet Sheldon en nuestra caso.

Mike Manning notó un escalofrío que le recorría hasta la medula misma de todos sus huesos. Aquel hombre hablaba con una seguridad y aplomo increíbles.

—Dios... —jadeó el periodista—. ¿Está seguro de eso?

—Totalmente. Si sólo hubiera sido Susan... Ella es más impresionable. Por eso está así, tras la visión. Yo me he contenido mejor. Pero la vimos. Manning. La vimos allí...

—¿Dónde, exactamente?

—En el claro, donde ella jugaba habitualmente, frente a la casa... Las luces aún estaban encendidas. La iluminaron claramente. Vimos su cabello largo y rubio, su trajecito color lila, sus zapatos de negro charol, sus calcetines blancos... Su ropa de domingo. La ropa con que fue sepultada... Reía infantilmente, mirándonos... Luego echó a correr, como si jugara. Yo intenté darla alcance, pero se escapó en la oscuridad. Susan cayó desvanecida, con un grito terrible... Eso fue todo.

—¿Está seguro de no equivocarse? ¿Era, realmente, ella?

—¿Quién podía ser, si no? La hubiese reconocido en cualquier parte, Manning. Yo no veo alucinaciones. Soy un hombre sereno, equilibrado...

—Lo sé, lo sé —le calmó Mike—. También lo es el señor Peters, y vio a una niña así la noche en que murió McDuff...

—Dios mío. Manning, ¿qué está ocurriendo en Whitefield? ¿Es que todos nos hemos vuelto repentinamente locos... o es que realmente los muertos viven?

—Me gustaría tener una respuesta a eso, Hoffer. Pero no la tengo. No aún. Y dudo mucho que pueda obtenerla encerrado en esta celda...

La puerta se abrió, en el corredor, y Warren Scott, el ayudante de Laskey, entró excitado, diciendo algo al oído de su jefe. Laskey arrugó el ceño, mirando con inquietud a su subordinado. Luego, dirigió una ojeada a sil preso y al visitante.

—Lo siento —dijo—. Debe interrumpir su charla, señor Hoffer. Mi ayudante y yo hemos de irnos urgentemente y no puede quedarse con el preso. Si desea hablar con el más larde, vuelva después de las cinco. Ya habremos regresado Scott y yo para entonces.

—No. no hará falta —dijo Alvin Hoffer serenamente—. Ya le he hablado cuanto era preciso, sheriff. Me voy con ustedes. Manning, espero que salga pronto de aquí. No sé por qué, confío en usted. Creo que nadie, salvo usted mismo, dará con la verdad de este espantoso asunto.

—Es muy amable —suspiró Mike—, Dios le oiga, señor Hoffer. Y gracias por su visita.

Le dejaron solo en su celda. Oyó cerrar las puertas de la oficina. Irritado, regresó al camastro y se tumbó, tratando de dormir. Pero sólo pudo pensar y pensar.

Luego, de repente, regresaron Laskey y su ayudante. Ovó ruido de llaves y reías en otro punto de la edificación. Al poco, reapareció Laskey con un papel en la mano y una sonrisa amplia en su rostro. Traía las llaves en la mano y le abrió la celda.

—Salga, Manning —invitó—. El juez Jacobs no quiere problemas con abogados de la capital. Tiene libertad bajo fianza. Ya la pagó Abbe Mason. Creo que acabará siendo su suegro, seguro.

—Muy chistoso —gruñó Mike, recogiendo su chaquetón y su sombrero para salir—. ¿Hay nuevos detenidos? Oí ruido de verjas en otro sitio...

—Es la celda de las mujeres —rezongó Laskey—. Hemos traído dos detenidas. Se las acusa de practicar la brujería para resucitar difuntos, Manning.

—¿Eh? —Mike le miró, estupefacto—. ¿Se burla de mí?

—No. no. Es la pura verdad. Se trata de una amiga suya, Bessie Horno, la nurse. Ella y una negra que vive a dos millas de Whitefield, una tal Lorna Moss, han sido encarceladas por la acusación de practicar ritos ocultistas que revivieron a Violet Sheldon.

—Eso es un disparate.

—Quizás. Pero la tal Lorna Moss tiene fama de bruja. Es una negra con la casa llena de animales disecados, talismanes, brebajes y cosas así. Echa las cartas, practica el espiritismo y domina la magia negra. Bessie la visitaba con frecuencia. Hubo una denuncia en ese sentido. Creen que, llevada de su amor a la niña, recurrió a Lorna para que hiciera sortilegios y la volviera de entre los muertos.

—Cielos, ¿quién imaginó algo tan delirante?

—Es orden del juez Jacobs. Dígale que hizo mal y le volverá a meter en esa celda, esta vez sin fianza. Manning.

—No tema, no pienso decirle nada —caminó hacia la calle—. ¿Cuánto pagó por mí de fianza el señor Mason?

—Setecientos cincuenta dólares— Laskey le guiñó un ojo—. Es usted un preso importante. Nadie ha pagado tanto en esta ciudad por obtener la libertad condicional. Ah, y no se aleje del condado bajo pretexto alguno.

—Descuide. Lo que tengo que hacer, será hecho aquí —fueron las últimas palabras de Mike, ya en la salida de la oficina del sheriff.

Se dirigió a la redacción del Weekly cuando empezaba justamente a nevar otra vez.

CAPITULO VIII

—Papá se ha ido al circo a hacer un reportaje —explicó Karin, sirviendo a Mike una taza de café bien caliente—. El entiende más que yo de esos asuntos de acróbatas, enanos malabaristas y tremendos hipnotizadores. En su juventud estuvo enrolado en un circo ambulante también, creo que a pesar de los años transcurridos, aún añora la carpa del gran espectáculo.

Rieron ambos, pero la expresión de Mike era meditativa, como si estuviese muy lejos de aquella oficina en estos momentos. En la máquina, Karin tenía un folio a medio escribir. Había escudriñado su título al entrar:

«La noche en que exhumamos un cadáver que no existía.»

Sin duda, la nueva edición del semanario iba a venderse como nunca. Había observado, camino del periódico, la tensión y nerviosismo existentes en Whitefield por el modo en que le miraban y hacían comentarios las gentes entre sí. Karin había sido más explícita al comentar la situación real de la población:

—Están asustados. Hay un clima de terror en Whitefield. Mike.

Terror.

Eso era lo que casi se podía palpar, respirar en el ambiente. La gente estaba asustada. Un asesino loco asusta a muchos. La posibilidad de un muerto resucitado que vuelve para vengarse, asusta a todo el mundo. Lo desconocido es lo que aterra.

—Karin, creo que yo también estoy asustado —dijo de repente, dejando de tomar sorbos de café.

—¿Tú? —Se extrañó Karin—, Ni siquiera temblabas anoche, cuando bajaste a la fosa y te enfrentaste con la realidad. No creo que tengas miedo a nada. En la fotografía apareces totalmente sereno, junto al féretro vacio. Va a ser una buena prueba gráfica en la primera plana del Weekly. Y un éxito periodístico.

—Que quizás nos cueste la cárcel cuando se vea el juicio, a menos que probemos para entonces que esa profanación era necesaria c inevitable —miró a Karin, preocupado—. No te mentí antes, de verdad. Empiezo a estar asustado.

—¿De qué? ¿Crees realmente que esa niña resucitó para vengarse? La detención de las dos negras ha levantado mucha polvareda, pero no creo que hayan practicado brujerías...

—Yo tampoco. Si no me equivoco, Bessie Rusta de ir a que le echen las cartas y cosas así, o a hablar con el espíritu de su amada Violet. La gente ha tergiversado las cosas, llevada por el miedo a los desconocido, y no me extrañarla que tengamos aquí una segunda edición de histerismo colectivo como en Salem cuando las famosas brujas... a menos que antes se descubra toda la verdad.

—Si no crees que haya muertos andando por allí, ¿qué es lo que te

asusta?"

—Si pudiera saberlo... Hay algo siniestro y horrible en el ambiente, Karin. Es como si alguien hubiese desatado un día un mal y ahora fuese impotente para dominarlo. La eterna historia de Jekyll y Hyde. Se ha creado un monstruo... y ahora ese monstruo puede destruir a su propio creador, estoy seguro.

—Hablas de un modo raro, oscuro. No logro entenderte, Mike.

—Creo que ni yo mismo me entiendo —apuró el café y se incorporó—. Bien, ¿sabes una cosa? Quiero olvidarme de todo este maldito asunto por un par de horas al menos. ¿Y qué solución se me brinda para eso? Sólo una: ver una película o ir al circo. También yo me siento niño, como tu padre. Iré al circo, maldita sea.

Y salió dando un portazo. Nevaba más intensamente ya. Karin suspiró, meneando la cabeza, y volvió a la máquina, para seguir escribiendo su artículo de primera plana.

* * *

—Ya lo viste, muchacho —suspiró Abbe Mason, subiendo al automóvil que esperaba junto a las grandes lonas de la carpa circense y el escaso público congregado para ver el espectáculo, se dispersaba en el atardecer, de regreso a sus casas—. En mis tiempos, había circos mucho mejores, incluso yendo de pueblo en pueblo. Ese hipnotizador era un simple farsante lleno de trucos, los equilibristas eran flojos, los payasos vulgares, los acróbatas del montón, y los enanos saltimbanquis una mediocridad.

—Parece ser que el mejor del número de saltimbanquis está ausente por enfermedad —apuntó Mike, en defensa de los denostados artistas—. Además, yo no soy demasiado entendido en estas cosas. Me basta con distraerme un rato, sobre todo cuando estoy muy preocupado, señor Mason. Y hoy era ése el caso.'

El dueño del Weekly asintió, poniendo el coche en marcha. La nevada era ya copiosa y la gente corría a refugiarse de ella, dejando desiertos los alrededores del circo. El vehículo rodó a buena marcha, en dirección al centro urbano.

—No sabía lo de Bessie y la otra negra —comentó, ceñudo—. Las cosas toman un cariz extraño, Mike. Como si viviéramos una pesadilla,

—Yo inicié esto con mis sospechas sobre la posibilidad de un suceso ultraterreno. Ahora, la gente cree ciegamente en la existencia de un fantasma que mata.

—¿Y tú no? —le miró Mason con extrañeza.

—No sé qué pensar, la verdad. Por un lado, eso lo explicaría todo, aunque fuese la evidencia de algo que hasta hoy todos hemos negado. Pero si no es Violet Sheldon la que mata a esas personas, ¿quién puede ser y por qué? Se ha visto a la niña en varios sitios. Personas como el vecino Peters, como los

Hoffer, juran haberla visto ante sí. El cuerpo no está en su tumba. ¿Qué pensar, en ese caso?

—Creo que estamos haciendo algo que no nos incumbe, Mike. Este es asunto a resolver por Laskey, no por nosotros. El es la Ley.

—Laskey es un buen chico, pero dudo que tenga imaginación para un asunto así —pensativo, dejó vagar su mirada por las luces del edificio del hospital, allá ante ellos. Lo dejaron atrás sin que hubiera vuelto a despegar los labios. Luego, de repente, pidió a Mason—: ¿Quiere detenerse aquí?

—Claro. ¿Ocurre algo? —detuvo el coche junto al bordillo.

—Quiero averiguar algo, sencillamente. Es una idea ridícula, pero ¿quién sabe?

—No te entiendo, Mike —le vio bajar del coche—. Está nevando fuerte. ¿Te espero?

—No, no hace falta. Nos veremos más tarde, en la redacción —caminó hacia el hospital—. Este fue el camino que siguió la niña del vestido lila la noche que mataron a Gordon McDuff. Por esta calle seguimos Laskey y yo a Bessie Horne, que creo seguía a su vez esa misma noche a su amada niña Violet... De repente me he acordado de que Bessie se detuvo y vaciló ante el hospital, para seguir luego hacia el cementerio.

—¿Y...? —Mason enarcó las cejas, apoyado en el volante de su sedán oscuro.

—No sé. Es sólo una idea vaga. Pero quiero confirmarla. Ya hablaremos luego de ella, señor Mason. No necesita esperarme. Me gusta la nieve cuando no está helada.

Sonrió, agitando una mano, y entró en el edificio del hospital. Abbe Mason, tras un momento, puso de nuevo en marcha su coche, con un gesto de perplejidad en su rostro.

* * *

Mike Manning llegó ante el edificio dedicado por Abbe Mason al Weekly Star, su amado semanario. Ya estaban apagadas las luces de las oficinas situadas en la planta inferior, junto a la imprenta. Mi Abbe ni su hija Karin estaban ya allí.

Utilizo su llave para entrar. El aire olía a papel y a tinta de imprenta. Era tarde, más de las ocho y media Se había entretenido mucho en el hospital, pero había valido la pena.

—¡Karin, señor Mason! —llamó, dando al interruptor de la luz.

Nadie respondió. Posiblemente estaban ya en la planta alta, dispuestos a descansar tras la cena. Caminó por la sala de redacción, bajo la luz de la lámpara central, cruda y tristona. Los muebles de la sala proyectaban sombras extrañas en los muros. De repente, Mike tuvo la incómoda sensación de que no estaba solo allí dentro, pese al silencio reinante.

Evocó de pronto la muerte de Gordon McDuff, solo en la oficina postal

aquella noche, y se estremeció, mirando en torno con fría cautela. No era agradable pensar que tras de alguna de aquellas sombras se parapetase una niña vestida de lila, surgida de la tumba, con unas afiladas tijeras en sus manitas infantiles...

Instintivamente, alargó la mano, empuñando un rodillo de extender tinta sobre las planchas, a guisa de arma. Se movió más cauto por la sala. Sus ojos escudriñaron cada rincón de la estancia, precavidos, antes de dar cada uno de sus pasos.

La mesa que ocupaba habitualmente Abbe Mason aparecía desierta, con recortes de galeradas sobre la misma, en desorden. Sus ojos brillaron. También había siempre allí unas largas tijeras para recortar las galeradas. No estaban ahora.

Su mirada se deslizó hacia la puerta entreabierta de la imprenta. Sin saber la causa, tuvo un sobresalto. Luego supo la razón, al dar otra luz más próxima a esa puerta.

Había manchas de tinta en el suelo, como siempre. Manchas azules, negras, rojas...

Sólo que ellos nunca usaban tinta roja en la tirada del Weekly. Sólo azul y negra...

No era tinta. Era sangre.

Las miró como hipnotizado. Manchas redondas, una tras otra, como un reguero. Sangre en gotas, marcando un camino.

Abrió de pronto la puerta de la imprenta, notando un sudor frío en sus manos. Dio la luz del interruptor, y se echó rápidamente a un lado.

Ya era tiempo. Las afiladísimas tijeras partieron, centelleantes, rasgando el aire, al mismo tiempo que aunaba una extraña, macabra risa infantil, aguda y divertida.

Con horror, Mike descubrió allá, en medio de la imprenta, la figurilla de una niña rubia, de larga melena lisa, vestida de color lila, con zapamos de negro charol, calcetines blancos... y una horrible mueca cruel en su rostro, fugazmente visto.

Después, la figura infantil echó a correr ágilmente, pendulando sobre sus pies, como si jugase. Las tijeras vibraron, clavándose en la puerta, a menos de dos pulgadas del rostro petrificado de Manning.

Los ojos de éste se clavaron en la figura que yacía en medio de la imprenta, sobre un charco de sangre.

Era Abbe Mason. Con ojos desorbitados, vidriosos, con un supremo gesto de horror y de agonía. Unas largas tijeras de costura asomaban de su garganta sangrante.

Las otras tijeras, las clavadas junto a Mike, eran las de recortar galeradas. Pudieron haber causado la quinta víctima del asesino infantil que huía ante él, escapando por la puerta trasera del periódico, hacia la nieve, hacia las calles desiertas en la asustada noche de Whitefield.

—¡Karin! —gritó Mike estentóreamente—. ¡Karin, ven pronto! ¡Tu

padre!...

No sabía si le oiría ella. Lo cierto es que ya nada podía hacer por Abbe Mason, y si podía intentar dar caza a la niña asesina. Corrió en pos de ella desesperadamente.

Alcanzó la calle nevada. Gruesos copos caían blandamente, como en una dulce postal navideña. Pero la noche no tenía nada de dulce. Miró las huellas diminutas en la nieve.

Las siguió, pidiendo auxilio simultáneamente a grandes voces. La niña de lila era muy rápida. Ya estaba lejos. Pero ahora dejaba huellas. La blanda nieve reciente ayudaba por una vez a Mike Manning.

Empezaron a abrirse puertas y ventanas Brilló la luz en la oficina del sheriff, y Warren Scott asomó a la calle, revólver en mano, como en un mal film de Tom Mix.

—¿Qué diablos ocurre?—rezongó—. ¡Manning! ¿Es usted?

—¡Pronto. Scott! —voceó Mike, sin dejar de correr—. ¡La imprenta! ¡Mataron a Abbe Mason! ¡Yo perdigo al asesino' ¡Es una niña vestida de lila!

Y siguió a la carrera, dejando a Scott totalmente petrificado, como si la nieve se hubiera endurecido de repente sobre su atlética figura. Tardó en volver adentro y llamar a voces al sheriff Laskey, que dormía sin duda.

Mike se desentendió va totalmente de todo lo que no fuese dar alcance a su perseguida. Pese a su rapidez endiablada, sabía que iba ganando terreno. Las huellas eran más recientes, los copos no llegaban a borrarlas en parte. Su larga zancada luchaba contra la extraña celeridad de aquella criatura siniestra.

Pasó con rapidez ante el hospital, en tuya bien alumbrada acera se marcaban las pisadas infantiles. Quedó atrás el hospital. Pero las huellas no fueron hacia el cementerio, como podía proveerse.

Se desviaron hacia el oeste. Mike veía con dificultades ahora. Sólo las luces del entoldado circense, aún lejano, alumbraban el paisaje lívidamente. Pero Mike creía saber ya adónde dirigirse. No vaciló ni una sola vez.

Minutos más tarde, aunque sin llegar a vislumbrar más que lejana y borrosamente la figura huidiza de su perseguida, llegaba, jadeando, a la vecindad de los vagones y carretones acampados junto a la lona del Western Circus.

Ahora sabía la respuesta. La había intuido cuando fue al hospital. La confirmó allí dentro. Y en estos momentos, la evidencia era completa.

Los artistas estaban ya en sus respectivos alojamientos. La función había terminado mucho antes, el circo sólo mostraba tinieblas bajo su carpa, salvo algunas débiles bombillas de situación. Mike veía con nitidez, las recientes huellas.

Se detuvo. Habían llegado a su final. Alzó la mirada. Un vagón-vivienda. Una puerta cerrada herméticamente. Sin luces interiores. Una voz demandó, brusca, tras él:

—Eh, amigo, ¿quién es usted y qué busca aquí? No hay función por la noche. Con este tiempo, la gente no viene al circo por las noches. Sólo se da

función de tarde...

—No vengo a la función. Soy ayudante del sheriff de Whitefield —mintió fríamente Mike—. ¿Quién ocupa este vagón?

—Ahora está vacío. Lo ocupa habitualmente nuestra mejor acróbata, Daisy Dee, la enana maravillosa. Forma parte de la troupe de los enanos saltimbanquis, pero está enferma, hospitalizada en Whitefield desde hace un par de semanas...

—No —negó Mike Manning secamente—. Ya no está en el hospital. Ni nunca estuvo enferma. Está ahí dentro ahora. Vea sus huellas: acaba de matar a un hombre en Whitefield. Es su cuarta víctima en pocos días, desde que vino a Whitefield fingiéndose enferma.

—Pero ¿qué dice? ¿Se ha vuelto usted Joco?—tronó la voz del miembro del circo.

—Ayúdeme y se lo demostraré. Abra esa puerta, por favor.

—No puedo. Solo Daisy tiene la llave de su propio alojamiento. No deja entrar a nadie nunca en él. Es una chica muy rara, y hay que respetar sus rarezas.

—Si no abre alguien, tendré que hacerlo a tiros —amenazó Mike, preguntándose que haría si el tipo le decía que lo hiciese.

—Está bien, espere, espere —le detuvo, al ver que Mike llevaba decidido su mano bajo el chaquetón—. No arme escándalo, o eso arruinará más aún nuestra gira. Creo que tengo una llave maestra que puede servir...

Extrajo de sus ropas un manojo de llaves. Sin duda, el tipo era el vigilante del campamento circense. Probó en la puerta. Chascó la cerradura.

—Cuidado —avisó Manning, tenso—. No abra. Podría asesinarle...

—¿A mí? —Rió el hombre—. ¿Daisy asesinarme a mí? No tema, es inofensiva...

Abrió decidido, dando la luz del vagón-vivienda. En seguida lanzó un grito ronco de angustia y dolor, y retrocedió, tambaleante, con un cuchillo clavado en su hombro. La sangre corría de su herida copiosamente.

—¡Se lo dije! —Voceó Mike—. ¡Vamos, vaya en busca de ayuda médica! ¡Yo me ocupo de esa asesina!

Salió al interior resueltamente. Frente a él, una grotesca figurilla pequeña, ya sin peluca rubia, sudorosa y agitada, se movía frenética, con expresión de odio intenso, los ojos dilatados, las pupilas vidriosas. Buscaba un arma con desesperación.

—Es inútil, Daisy Dee —silabeó Mike Manning roncamente—. Entréguese sin resistencia o será peor para usted.

—Matar...— jadeó la enana vestida de lila—. Matar. Tengo que matar... Matar y reír... Es un juego... El juego de una niña... Y yo soy esa niña . ¡Tengo que matar!

Y aferró de repente una botella, que rompió contra el borde de un mueble, saltando hacia Mike como enloquecida, con una risa demoniaca, aguda e infantil, brotando de sus labios crispados. Las aristas cortantes de la botella



rota, apuntaban hacia el cuello del periodista...

CAPITULO IX

El disparo retumbó como un cañonazo dentro de la vivienda rodante. La enana exhaló un terrible alarido y retrocedió, golpeando un mueble empotrado, al tiempo que de si: mano escapaba la botella rota y su lado derecho, sobre el pecho, empezaba a teñirse de rojo intenso.

Mike giró la cabeza, con alivio. La fornida figura de Laskey, el sheriff, aparecía enmarcada en la puerta de la roulotte, con su «Colt» humeando en la mano tras el disparo providencial.

—Menos mal que llegó a tiempo, Laskey —silabeó Mike con alivio—. Uf, ese demonio es fuerte y ágil como un tigre... y tiene impresa en su mente la orden de matar.

—No soy tan tonto como cree, Manning —respondió abrupto Laskey—. Yo también investigo a mi modo. Me dijeron que una enana del circo se había ausentado del hospital sin más detalles, y que estuvo hospitalizada ahí estas últimas semanas, víctima de una dolencia no demasiado concreta. Durante su hospitalización, se había ausentado varias veces, sin explicación razonable alguna. Sume dos y dos., y me dieron cuatro. Bien, será mejor que usted no se mueva, muñeca, o la vuelo la cabecita a tiros, ¿está claro?

Y, de repente, el sheriff advirtió que se habían abierto las puertas de un armario empotrado, al golpearlas la enana, mostrando algo dentro. Algo espantoso.

—Dios mío., —señaló con horror Laskey—. ¿Ha visto eso, Manning?

Manning, muy pálido, asintió, clavando sus ojos en aquel armario del horror que aparecía ante ellos. Un armario conteniendo un juego de largas y ajiladas tijeras... ¡y un cadáver putrefacto, descarnado en parte, vestido con jirones descoloridos y mohosos de color lila...! Un cabello rubio, sedoso, brotaba del cráneo horriblemente deforme va, donde la calavera asomaba entre trozos de carne putrefacta, vacías las órbitas de sus ojos, mostrando la sonrisa eterna y descarnada de una boca sin labios...

Era el cadáver de Violet Sheldon.

* * *

—Dios mío, Manning. Es como una pesadilla...

—Pero va terminó, Laskey. Lo peor es que nunca podremos publicar Jamerdad. No sería justo...

—No, entiendo que no —meneó su cabeza el sheriff sombríamente—. El secreto quedará entre usted y yo... Esa espantosa confesión de la enana Daisy Dee... espero poderla ocultar públicamente, por el bien de todos... A fin de cuentas, lo reveló bajo hipnosis... y ahora ya no puede recordar nada de cuanto hizo...

—El hipnotizador del circo nos hizo un gran favor con ayudarnos a

obtener una confesión de la enana —comentó Mike, pensativo—. No era ningún farsante, como dijo Abbe Mason. Realmente, posee poderes hipnóticos.

—Serían celos profesionales —rió huecamente Laskey, mientras caminaban de regreso a Whitefield, y Warren Scott se quedaba con Daisy Dee, la detenida—. Después de todo, ahora sabemos que, en su juventud, Abbe Mason fue hipnotizador en el circo...

—Y conservó sus poderes —corroboró amargamente Mike—, Lo suficiente para lograr hipnotizar a Daisy Dee en la ciudad de Strafford, en una de sus ausencias de Whitefield, y montar toda esta trágica farsa...

—Pobre Abbe Mason. Montó un tinglado de horror y de sangre, del que él mismo fue víctima después...

—Creo que lo decidió como un modo de purgar sus errores cuando me vio ir hacia el hospital —dijo Mike— En ese momento se dio cuenta de que todo se derrumbaba. Había procurado inmovilizar mis pesquisas, delatando por teléfono nuestra presencia en el cementerio anoche. En ese momento empecé a sospechar aleo, sin saber qué. Sólo él conocía nuestra presencia allí. Luego, estaba su mención del circo, su vida anterior bajo una carpa, su conocimiento de los hipnotizadores y acróbatas... Y Bessie me dijo algo significativo el día que se asustó al interrogarla. ¿Recuerda, Laskey? Dijo que yo había matado a los demás... En realidad, era una clave clara que no supimos ver. Bessie, en su trastorno, mezclaba el periódico con su dueño. Y yo era parte de ese periódico. Ella sabía que Mason había ordenado matar a Olivia Caine, a Hill, a McDuff... Ella siempre andaba por ahí como un fantasma, debió sorprender a Mason con la enana Daisy... pero quiso creer, en su delirio, que la enana era realmente su amada Violet que volvía a la vida...

—Y todo esto, ¿por qué, Mike, por qué? —se quejó amargamente el sheriff.

—Hay algo obvio: siempre me pregunté por qué Violet era tratada como una niña de cuatro o cinco años por su nurse. Había una razón: Violet era lista, pero mentalmente era una niña pequeña. Tenía un tallo psíquico, mental. Heredado de su padre.

—Pero Frank Sheldon nunca estuvo loco ni mentalmente enfermo —apuntó Laskey.

—Exacto. Sin embargo, usted recordaba algo que yo no sabía: Abbe Mason y Stella Sheldon tuvieron ciertas relaciones hace años... Cosa de trece años, ¿no?

—Sí... —Laskey entornó los ojos, ensombrecido—. Entonces se rumorearon cosas... Pero luego se olvidaron. Entre Mason y la señora Sheldon ya no había nada.

—Pero lo había habido. Y Abbe Mason sabía que Violet era su hija, no la hija de Frank Sheldon. Como lo sabía Stella, la madre. Y Bessie, la nurse. Mason vivió siempre lamentando no haber podido reconocer públicamente a su hija. Su muerte fue un rudo golpe para él. Ahora sabemos que Abbe Mason

estaba mentalmente enfermo. Estuvo en un psiquiátrico tras ser hipnotizador de circo durante varios años. Eso lo saben los de la profesión, como hemos oído ahora en el circo... Abbe Mason sanó, pero volvió a trastornarse hace poco más de un año, con la muerte de su hija no reconocida. Por eso luego planeó ese espantoso juego de venganza con quienes consideraba posibles responsables de su muerte. En cierto modo, no creo que se equivocase, porque el buhonero Hill o el sucio McDuff lograron entrar en la escuela aquel día, y la niña, asustada, se mató con las tijeras, o uno de ellos la mató. Eso nunca lo sabremos ya. Pero Abbe Mason fue al circo, se entrevistó con la enana Daisy, la hipnotizó y le ordenó matar a determinadas personas. Lo arregló todo para hospitalizar falsamente enferma a Daisy Dee en Whitefield, para que tuviera ocasión de realizar su parte. El hospital nunca está demasiado bien vigilado, he podido observarlo. Robaron el cadáver, que Daisy ocultó. Toda la farsa sangrienta estaba montada. Haría estremecer de horror a os responsables de la muerte de su hija Violet. Y así se hizo. Hasta que esta noche, al verse descubierto, llamó a Daisy a su casa y la obligó a matarle, bajo hipnosis. Fue su modo de purgar sus delitos, y quizás de pedirnos sin palabras que Karin, su hija, jamás sepa la verdad…

—Karin no puede heredar su desequilibrio mental, el mismo que Abbe Mason dejó como herencia a su pequeña Violet, amigo Manning —dijo bruscamente Laskey, parándose en medio de la campiña nevada.

—¿Por qué, sheriff? —preguntó Mike, sorprendido, mirándole—. Esa es ahora mi mayor preocupación... porque quisiera hacerla mi esposa, ayudarla a olvidar todo esto, sin que nunca sospeche quién fue realmente su padre y lo que fue capaz de hacer...

—Pues cásese tranquilamente con Karin Mason —rió Laskey, poniendo su manaza recia y noble en el hombro del joven periodista—. El último chisme de Whitefield voy a contárselo ahora, para bien suyo...

—¿Qué chisme?

—Abbe Mason se casó en segundas nupcias con su esposa, Karin Foster, madre de la muchacha. Y para entonces. Karin ya había nacido... pero era hija del primer esposo de Karin Foster, el señor Duncan Foster, que sólo vivió un año..

—Gracias, sheriff —dijo Mike, conmovido—. Es la más hermosa noticia que pudo darme. ¿Lo sabe ella?

—Si, por supuesto. Pero siempre quiso a Abbe Mason como a su propio padre...

—Ahora ya todo está mejor. Laskey. La ayudaré a que siga teniendo un buen recuerdo de él... si es que alguna vez no llega a sospechar algo. Pero aun entonces, el hecho de que él no fuese su auténtico padre, puede aliviar mucho el daño...

—Ande, Manning, corra a su encuentro. Ella debe necesitarle mucho ahora, amigo mío.

Mike Manning no se hizo repetir el consejo. Echó a correr, en dirección al

centro de la ciudad. Laskey sonrió, meneando la cabeza, y siguió su camino al paso.

FIN